

NEWMANIANA

AÑO XV - NÚMERO 45

DICIEMBRE 2005



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina

NEWMANIANA



Año XV - Nº 45
Diciembre 2005

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión

Editorial y Talleres Gráficos

Universidad Católica de La Plata

Tel.: (0221) 422-6928 / 423-7375

E-mail: editorial@ucalp.edu.ar

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección:

Calle 24 Nº 1630 (1900)

La Plata

Pcia. Buenos Aires

República Argentina

EDITORIAL

Dos noticias importantes 2

SERMÓN

La humillación del hijo eterno 4

ARTÍCULO

LA IGLESIA CATÓLICA: el hogar para siempre 10

-Fernando M. Cavaller-

MEDITACIONES Y DEVOCIONES

La perfección infinita de Dios 22

El conocimiento infinito de Dios 23

La providencia de Dios 24

Dios es todo en todo 25

La incommunicable perfección de Dios 26

Dios se comunica a nosotros 27

Dios es el único sostén para la eternidad 28

POESÍA

Nuestro Futuro 30

-Traducción: Jorge Ferro-

ANTOLOGÍA

Iglesia y Mundo 31



ORACIÓN

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

DOS NOTICIAS

Importantes

Hemos recibido con alegría dos noticias, a través de la agencia Zenit, que queremos transmitir desde nuestra publicación. Se trata de un libro recientemente publicado, y de un probable milagro realizado por intercesión del Cardenal Newman. Transcribimos el texto recibido.

ROMA, 4 de noviembre de 2005 (ZENTT.org).- El cardenal Newman es una figura cuya obra y persona han sido de gran inspiración en la búsqueda de la verdad, que ha cobrado particular actualidad tras la elección de Benedicto XVI.

El venerable cardenal John Henry Newman (1801-1890), el más célebre oratoriano inglés, es una figura central en la vida del actual pontífice. En esta perspectiva, acaba de publicarse un libro en inglés titulado **Benedict XVI and Cardinal Newman**, presentado hace dos semanas durante un recibimiento en el Venerable English College de Roma. Asistieron profesores, eclesiásticos, estudiantes del seminario además de periodistas de Roma.

El volumen, cuya edición ha estado a cargo del conocido comentarista inglés de cuestiones religiosas **Peter Jennings**, contiene abundantes ilustraciones y una amplia selección de escritos del cardenal Ratzinger y del cardenal Newman, además de los de otros ilustres eclesiásticos ingleses.

Realizado en sólo seis meses -se inició apenas elegido el nuevo Papa el pasado 19 de abril-, el libro de Jennings presenta claramente el apasionado interés de Benedicto XVI, desde sus primeros días de seminario en 1946, por este cardenal, convertido al catolicismo del anglicanismo.

La influencia directa que el cardenal Newman tuvo en el actual pontífice se deduce claramente leyendo los escritos recogidos en esta nueva publicación de la 'Family Publications' de Oxford, Reino Unido. Entre estos escritos, figuran tanto intervenciones introductorias del entonces cardenal Ratzinger como las pronunciadas en el simposio académico titulado 'John Henry Newman, amante de la verdad', o el dedicado a 'Conciencia y verdad', presentado en el X Seminario para los Obispos, que tuvo lugar en Dallas, Texas en 1991.

Jennings explica a Zenit que con su libro ha logrado elaborar una nueva y más detallada cronología de la vida de Newman y ha reunido fotografías inéditas, entre ellas una foto del doctor Newman, que permanecía escondida en los archivos del Oratorio de Birmingham, en Inglaterra. En total, el libro contiene más de 50 ilustraciones, muchas de ellas en color, de las que 19 son del cardenal Newman.



Jennings confiesa que fue bautizado en el Oratorio de Birmingham 'por el gran alumno de Newman, el padre Stephen Dessain' y que permaneció relacionado con él toda la vida. 'Como secretario de Prensa del Oratorio, ayudé a promover la devoción popular a este gran cardenal inglés, a través de los medios de comunicación desde 1976'.

'Los padres me han ayudado y animado mucho mientras me ocupaba de la edición de *Benedict XVI and Cardinal Newman*, y me han dado libre acceso al archivo fotográfico de Newman, y por ello les estoy muy agradecido', aclara.

El postulador de la causa del cardenal Newman, el padre **Paul Chavasse**, ha declarado a *Zenit* que está entusiasmado de poder participar en el proceso de redacción de este libro, esperando que reavive en el público el conocimiento del ya famoso purpurado inglés.

'En los últimos años, ha habido un aumento constante de la devoción al cardenal, a escala mundial, pero ha sido muy alentador para nosotros ver el interés manifestado por todos los presentes en la sala de recepción', afirmó el padre Chavasse. 'Cada uno expresaba el deseo de que la causa pueda llegar a una feliz conclusión lo más pronto posible'.

La presentación del libro fue la ocasión para anunciar que la conclusión del proceso de beatificación, iniciado en el Oratorio de Birmingham en 1958, podría estar más cerca de lo que se pueda pensar.

'Me honra poder informar que por el momento estamos indagando una posible curación milagrosa obtenida por la intercesión del cardenal Newman, en la Archidiócesis de Boston, en Estados Unidos. Es la curación de un diácono permanente de 60 años, que había sufrido una grave enfermedad degenerativa de la espina dorsal que podía afectar a su movilidad', reveló el padre Chavasse, que es también rector del Oratorio de Birmingham.

'A pesar de la operación quirúrgica, los médicos no estaban muy convencidos de su recuperación pero de hecho es lo que sucedió, se bajó de la cama y... He leído los informes médicos en los que uno de los cirujanos dijo: 'Si desea una explicación de lo que le ha sucedido, le sugiero que le pregunte a Dios'.

La investigación oficial del Tribunal sobre este suceso se inició el 25 de junio pasado y se cerrará el 7 de febrero del año próximo.

El paso sucesivo -explicó a *Zenit* el padre Chavasse-, es el de 'elaborarlo en el formato exigido para la aprobación, a lo que sigue una investigación de la 'consulta médica' del Vaticano, integrada por médicos profesionales, para examinar lo que resulta inexplicable. Luego tocará el turno a los teólogos que deberán examinar los aspectos espirituales. Y por último se procederá al voto, antes de que todo sea entregado al Santo Padre. Estoy seguro de que estará muy contento'.

Mientras, tanto el padre Chavasse como Peter Jennings, desean que este libro pueda animar todavía más a la oración por la causa de beatificación. Un libro que, en su opinión, es 'una importante aportación a la profundización del conocimiento del pensamiento de Benedicto XVI sobre el cardenal Newman, y sobre la importancia del cardenal para el mundo de hoy'.

En este sentido, se preguntan si será Benedicto XVI quien beatifique a Newman. Si no se tiene en cuenta a los mártires, Newman sería el primer inglés en ser declarado santo, desde los tiempos de la Reforma.

Como ven, queridos Amigos de Newman en la Argentina, terminamos este año llenos de esperanza. Les enviamos un afectuoso saludo navideño y nos mantenemos unidos en la oración por la prontísima beatificación de nuestro amado Cardenal. Hasta el 2006.

PPS III, 12, pp 156-172

Predicado en St. Mary de Oxford el 8 de marzo de 1835

La humillación del hijo eterno

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALIER

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la obediencia. (Hebreos 5, 7-8).

El principal misterio de nuestra fe es la humillación del Hijo de Dios a la tentación y el sufrimiento, tal como se la describe en este pasaje de la Escritura. En verdad, es un misterio más sobrecogedor que el que encierra la doctrina de la Trinidad. Digo más sobrecogedor y no más grande, porque no podemos medir lo más y lo menos en materias totalmente incomprensibles y divinas, pero sí cuánto más pueden dominar y dejar perplejas nuestras mentes. Cuando se pone ante nosotros el misterio de la Trinidad, vemos ciertamente que está más allá de nuestra razón, pero, al mismo tiempo, que no es sorprendente que el lenguaje humano sea incapaz de expresar verdades y el intelecto humano de recibirlas, cuando se refieren a la esencia incommunicable e infinita de Dios Todopoderoso. En cambio, el misterio de la Encarnación remite, en parte, a cuestiones que están más a la altura de nuestra razón, tratando no solamente del modo como Dios y el hombre son el único Cristo, sino en el mismo hecho de que es así. Pensamos saber acerca de Dios que está del todo separado de la imperfección y la debilidad, pero se nos dice que el Hijo Eterno ha asumido una naturaleza creatural, que en lo sucesivo llegó a estar tan unida a Él, a pertenecerle tanto, como los atributos y poderes divinos que siempre había

tenido. El misterio reside tanto en lo que pensamos saber como en lo que no sabemos.

Reflexionad, por ejemplo, acerca del lenguaje del texto. ¡El Hijo de Dios, que "tenía la gloria con el Padre" desde toda la eternidad, es hallado, en cierto momento, en su vida humana, ofreciendo ruegos y súplicas a Él, clamando, llorando, y obedeciendo sufrir! No supongáis, por mi modo de hablar, que quiero presentaros la doctrina como un duro refrán, como una piedra de tropiezo o un yugo de esclavitud, al cual debéis someteros forzosamente, aunque de mala gana. ¡Lejos de nosotros semejante actitud desagradecida para con un designio que nos ha traído la salvación! Aquellos que ven en la cruz de Cristo la expiación del pecado, no pueden menos que ver la gloria en ella, y su misterio les hace verla aún más. Se enorgullecen de ella ante los hombres y los ángeles, ante el mundo incrédulo, y ante los espíritus caídos, y sin mostrar confusión en sus rostros, con reverente audacia, confiesan este milagro de la gracia, y lo guardan en su credo, aunque les valga el desprecio y la mofa de los soberbios y los impíos.

Así como la doctrina de la humillación de Nuestro Señor es más misteriosa, así también es mis-

teriosa la misma superficie de la narración en la que está contenida, como un prodigio que excita e impresiona nuestra ignorancia real acerca de la naturaleza, modo y causas de tal doctrina. Tomemos, por ejemplo, Su tentación. ¿Por qué fue sufrida, si nuestra redención no se debe a ella sino a Su muerte? ¿Por qué fue tan larga? ¿Qué ocurrió durante la misma? ¿Cuál fue el objetivo particular de Satanás al tentarle? ¿Cómo es que Satanás tuvo semejante poder sobre Él como para trasladarle de un lugar a otro? Y ¿cuál fue el resultado preciso de la tentación? Estas y otras preguntas no tienen una solución satisfactoria. Hay algo destacable también en la duración de la tentación, siendo la misma que la de los ayunos de Moisés y Elías, y que la de su misma permanencia sobre la tierra después de Su resurrección. Un misterio parecido se proyecta en ese último tiempo de Su misión terrena. Después estuvo ocupado, no sabemos en qué, excepto cuando se apareció, de tanto en tanto, a Sus Apóstoles. De los cuarenta días de Sus tentaciones sabemos aún menos, solamente que "no comió nada" y que "estaba entre los animales del desierto" (Lc 4,2; Mc 1,13).

Hay algo de misterio, además, en la conexión de Sus tentaciones con el descenso del Espíritu Santo sobre Él en Su bautismo. Después de que la voz venida del cielo proclamó "este es Mi Hijo muy amado en quien me complazco", *"inmediatamente"*, dice San Marcos, "el Espíritu le *empujó* al desierto" (Mc 1,11-12). Como si hubiera alguna conexión, más allá de nuestra comprensión, entre Su bautismo y la tentación, el primer acto del Espíritu Santo es sin dilación "empujarle" (cualesquiera sea el significado de la palabra) al desierto. Obsérvese también que fue casi desde el solemne reconocimiento "este es Mi Hijo muy amado" que el demonio empieza la tentación "si tú eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan" (Mt 4,3), aunque no podemos siquiera conjeturar cuáles fueron sus pensamientos y planes. Todo lo que vemos es una renovación, aparentemente, de la tentación de Adán, en la persona del "segundo Hombre".

De igual modo, podrían hacerse preguntas concernientes a Su descenso al infierno, que poco podríamos resolver con nuestro limitado conocimiento actual acerca de la naturaleza y significado de Su economía de gracia.

Traigo a colación estas distintas cuestiones en orden a subrayar nuestra profunda ignorancia acerca de todo el tema que estamos considerando. La dispensación de misericordia se nos revela en su grande y bendito resultado, nuestra redención, y en uno o dos puntos más de suma importancia. Sobre todo esto debemos meditar y explayarnos atenta y agradecidamente, pero con el constante recuerdo de que, finalmente, en cuanto a la dispensación en sí misma, de la gran obra divina sólo uno o dos avisos nos han sido revelados. Debemos extendernos en su consideración aunque sean pocos y parciales, sin despreciar lo que hemos recibido porque no sea todo (como el siervo que enterró el talento de su señor), sino haciéndolos crecer como podamos. Y como en la actualidad hay más peligro de ser el espíritu estrecho del siervo perezoso, en quien se combinan extrañamente la pretensión de saberlo todo con la afirmación de que no hay nada que saber acerca de la Encarnación, propongo ahora, con la bendición de Dios, establecer ante vosotros la doctrina de la Escritura acerca de la misma, tal como la ha recibido siempre la Iglesia Católica, comerciando con el talento que nos ha sido encomendado, de modo que cuando venga Nuestro Señor pueda recibir lo Suyo con creces.

Manteniendo en mente que no sabemos nada verdadero sobre la manera o los últimos fines de la humillación del Hijo Eterno, Nuestro Señor y Salvador, consideremos qué fue esa humillación en sí.

El texto dice, "aunque era Hijo". En estas palabras, "el Hijo de Dios", se encierra mucho más que lo que pueda parecer a primera vista. Muchos hombres recogen, aquí y allá, algunos fragmentos de conocimiento religioso. Alguien escucha una cosa dicha en la iglesia, ve otra cosa en el

Prayer-book¹, y obtiene otras cosas más entre la gente religiosa o en el mundo. De este modo toma posesión de palabras y afirmaciones sagradas, pero sabiendo realmente muy poco sobre ellas. Las interpreta, como suele suceder, de acuerdo a las opiniones variadas e inconsistentes que encuentra, o les da su propia interpretación, esto es, un sentido propio de una mente sin instrucción, para no decir carnal e irreverente. ¿Cómo se puede esperar que discierna y aprehenda el significado y lenguaje real de la Escritura, si jamás se ha acercado a ella como aprendiz ni ha esperado de su divino Autor el don de la sabiduría? Llegará a comprender lo que son las doctrinas del Evangelio por la continua meditación del texto sagrado y aprovechando diligentemente la instrucción de la Iglesia. Pero si, como es lo más seguro, todo el conocimiento que tiene lo ha recogido de una frase captada por aquí, y un argumento escuchado por allá, aun cuando sea muy ortodoxo de palabra, sólo tiene una colección de frases a las cuales da, no el recto significado, sino el suyo de él.

Y la mínima reflexión os mostrará cuán verdaderamente pobre e indigno es, o mejor aún, cuán falso es el significado que le da 'el hombre natural' a 'las cosas del Espíritu de Dios'. He sido llevado a decir esto desde que he hecho uso de las palabras 'el Hijo de Dios', las cuales, mucho me temo, transmiten a un gran número de mentes poca o ninguna idea, poco o nada de la altísima, religiosa y solemne idea. Tenemos, quizás, una noción vaga y general de que significan algo extraordinario y sobrenatural, pero sabemos que nosotros mismos somos llamados en la Escritura, en cierto sentido, hijos de Dios. Más aún, hemos escuchado quizás, y aunque no lo recordemos por lo menos retenemos alguna impresión, que los ángeles son hijos de Dios. En consecuencia, reunimos de este modo mucho de lo que el título aplica a Nuestro Señor, que vino de Dios, que era el bienamado de Dios, y que es mucho más que un mero hombre. Esto es, a lo

sumo, todo lo que estas palabras expresan para muchos hombres, mientras que muchos más las refieren meramente a Su naturaleza humana.

¡Qué diferente es el estado de aquellos que han sido iniciados a su debido tiempo en los misterios del Reino de los cielos! ¡Qué diferente era la mente de los antiguos cristianos, que comprendieron con ansia y vigorosamente el anuncio de gracia, y que en el título 'Hijo de Dios' vieron y gozaron la gloria plena de la doctrina evangélica! Cuando los tiempos se hicieron más fríos e incrédulos, como hoy, se hicieron necesarias explicaciones públicas de aquellas palabras simples y sagradas, pero los primeros cristianos no necesitaron ninguna. Sentían que al decir que Cristo era el Hijo de Dios estaban siendo testigos de mil verdades maravillosas y saludables, que no podían ciertamente comprender, pero por las cuales podían obtener la vida, y por las cuales podían desafiar a la muerte.

¿Qué se entiende, entonces, por 'Hijo de Dios'? Significa que Nuestro Señor es el mismo y verdadero Hijo de Dios, esto es, Su Hijo por naturaleza. Nosotros sólo somos llamados hijos de Dios, somos adoptados para ser hijos, pero Nuestro Señor y Salvador es el Hijo de Dios, realmente y por nacimiento, y solamente Él es tal. Por eso la Escritura lo llama el Hijo Primogénito. "Semejante conocimiento es demasiado excelente para" nosotros, pero por más elevado que sea aprendemos de Su propia boca que Dios no está solo, si se nos permite hablar así, sino que en Su propia incomprehensible esencia, en la perfección de Su única, indivisible y eterna naturaleza, Su bienamado Hijo ha existido siempre con Él, y es llamado Verbo, y siendo Su Hijo participa en toda su plenitud de Su divinidad. "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn 1,1). De aquí que cuando los primeros cristianos usaban el título 'Hijo de Dios', querían decir, a la manera de los Apóstoles cuando lo usaban en la Escritura, todo lo

¹ Libro de Oraciones, que es el compendio de la fe anglicana al mismo tiempo que la liturgia que la celebra, oficialmente promulgado por la Iglesia de Inglaterra.

que queremos decir en el Credo cuando, a modo de explicación para nosotros mismos, confesamos que Él es "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero". Puesto que en aquello que Él es Hijo de Dios, debe ser lo que Dios es, santísimo, sapientísimo, todopoderoso, el bien supremo, eterno e infinito, por cuanto existe un solo Dios. Al mismo tiempo, no debe estar separado de Dios sino siempre uno con Él y en Él, indivisiblemente uno. De modo que sería tan vano lenguaje hablar de Él separándolo en esencia de Su Padre, como decir que nuestra razón, o inteligencia, o voluntad, están separadas de nuestras mentes. Tan temerario y profano lenguaje sería negarle al Padre Su Verbo Unigénito, en quien desde siempre se complace, como negar Su Sabiduría, Divinidad o Poder, que también han estado desde toda eternidad en y con Él.

El texto prosigue diciendo: "aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la obediencia". La obediencia corresponde al siervo, pero la conformidad, el acuerdo, la cooperación, son características del Hijo. En Su eterna unión con Dios no había distinción de voluntad y acción entre Él y Su Padre. Así como la vida del Padre era la vida del Hijo, y la gloria del Padre era también la del Hijo, así también el Hijo era el mismo Verbo y Sabiduría del Padre, Su Poder e igual Hacedor en todas las cosas, igual al Padre pero no el mismo en cuanto a Su persona. Pero en su vida mortal, cuando se humilló a Sí mismo tomando "la forma de siervo", asumiendo una voluntad y un obrar separado, y la fatiga y los sufrimientos propios de una creatura, entonces, lo que había sido sólo conformidad se hizo obediencia. Esta es la fuerza de las palabras "aun siendo Hijo, con lo que padeció y experimentó la obediencia". Tomó sobre Sí una naturaleza inferior y obró con ella para una Voluntad más alta y perfecta. Además, "aprendió la obediencia *sufriendo*", y por ello mismo, en la tentación. Su misteriosa agonía es descrita en la última parte del texto, donde dice que "habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud rever-

ente". O, según las palabras del capítulo anterior, donde dice que "fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (4,15).

Me interesa aquí solamente establecer ante vosotros la verdad sagrada misma, no cómo fue o por qué o con qué resultado. Consideremos, pues, con reverencia lo que ella implica. "El Verbo se hizo carne" no significa que Él eligiera algún hombre existente y habitara en Él, lo cual en ningún sentido respondería a la fuerza de aquellas palabras y que además es lo que Él condesciende a realizar continuamente con todos Sus elegidos a través de Su Espíritu, sino que [el llegó a ser lo que no era antes, que tomó en Su propia infinita esencia la naturaleza humana misma en toda su integridad, creando un alma y un cuerpo, haciéndolos Suyos en el momento de la creación, de modo que nunca fueron sino Suyos, nunca existieron por sí mismos sino en Él, siendo propiedades o atributos Suyos (para usar palabras defectuosas) tan realmente como lo son Su divinidad o Su eterna filiación, o Su perfecta igualdad con el Padre. Y mientras de este modo añadía una nueva naturaleza, bajo ningún concepto dejaba de ser lo que era antes. ¿Cómo fue esto posible? Todo el tiempo que estuvo en la tierra, cuando fue concebido, cuando nació, cuando fue tentado, cuando estuvo sobre la cruz, o en el sepulcro, y ahora que está a la derecha de Dios Padre, todo el tiempo fue el Verbo Eterno e Inmutable, el Hijo de Dios. La carne que asumió fue el instrumento a través del cual obró por y para con nosotros. Así como actúa en la creación por Su sabiduría y poder, para con los ángeles por Su amor, para con los demonios por Su ira, así actuó por nuestra redención a través de nuestra propia naturaleza, que en Su gran misericordia unió a Su propia Persona, indisolublemente, simplemente, absolutamente, como si fuese un atributo. Por eso San Pablo habla, como lo hace en otros pasajes del amor de Dios y de la santidad de Dios, de "la sangre de Dios", si es que puedo arriesgar tales palabras fuera del sagrado contexto. "Pastoread la Iglesia de Dios", dice a los ancianos de Éfeso, "que Él se adquirió con Su *propia sangre*" (Hechos 20,28). Por consiguiente, todo lo que

dijo e hizo Nuestro Señor sobre la tierra fue estricta y literalmente la palabra y la obra de Dios mismo. Así como hablamos y vemos a nuestros amigos, aunque no vemos sus almas sino solamente sus cuerpos, así también los Apóstoles, discípulos, sacerdotes, fariseos, y la multitud que veía a Cristo en persona, veían, como le verá toda la tierra el último día, al mismo y eterno Hijo de Dios.

De esta manera, debe entenderse Su sufrimiento, tentación y obediencia, no como si hubiese dejado de ser lo que siempre había sido, sino que habiéndose revestido de una naturaleza creada, la hizo instrumento de Su humillación: obró en ella, obedeció y sufrió a través de ella. ¿No vemos acaso entre los hombres, circunstancias de tipo peculiar que lanzan fuera de sí a alguno de nuestra raza, de modo que el mismo hombre actúa como si su ser habitual no existiera, y tiene sentimientos y facultades nuevas para esa ocasión más o menos elevadas que antes? No es nuestra intención querer establecer un paralelo entre la encarnación del Verbo Eterno y semejante cambio accidental, pero lo menciono, no para explicar un misterio (pensamiento que he abandonado desde el comienzo), sino para facilitar vuestra *concepción* de Aquel que es el sujeto del mismo, para ayudarlos a contemplarle como Dios y hombre al mismo tiempo, todavía Hijo de Dios aunque haya asumido una naturaleza escasa de Su perfección original. Ese Poder Eterno que, hasta entonces, había pensado y actuado como Dios, comenzó a pensar y actuar como hombre, con todas las facultades, afectos e imperfecciones de un hombre, excepto el pecado. Antes de venir al mundo estaba infinitamente por encima de la alegría y de la pena, del temor y la ira, del dolor y la tristeza, pero después todas estas propiedades y muchas más fueron Suyas, tan plenamente como lo son nuestras. Antes de venir al mundo no tenía sino las perfecciones de Dios, pero después tuvo también las virtudes de una creatura, tales como la fe, la mansedumbre y la abnegación. Antes de venir al mundo no pudo ser tentado por el mal, pero después tuvo un corazón humano, lágrimas humanas, deseos y

enfermedades humanas. Su divina naturaleza ciertamente impregnaba Su humanidad, de modo que cada hecho o palabra Suya en su vida mortal tenía sabor de eternidad e infinitud. Pero, por otro lado, desde el momento en que nació de la Virgen María tuvo un temor natural al peligro, una repugnancia natural al dolor, aun cuando estuvo siempre sujeto a la influencia predominante de la naturaleza santa y eterna que estaba en Él. Por ejemplo, leemos que en una ocasión pidió en Su oración que el cáliz pudiese pasar, y en otra, cuando Pedro mostró sorpresa ante la perspectiva de Su crucifixión, le reprendió bruscamente como si estuviera tentándolo a murmurar y desobedecer.

Por consiguiente, poseía a la vez dos grupos de atributos, divinos y humanos. Era todopoderoso, pero en la forma de siervo; era omnisciente, pero parecía ignorante; era incapaz de tentaciones, pero expuesto a ellas. Si alguien tropezara en esto, no como mero misterio, sino como una contradicción en los términos de la misma forma del lenguaje, le haría reflexionar sobre aquellas peculiaridades de la naturaleza humana misma, a las que acabo de aludir ahora. Que considere la condición de su propiamente y vea cómo parece una contradicción. Que reflexione sobre la facultad de la memoria y trate de determinar si sabe o no una cosa que no puede recordar, o mejor, si no puede decirse de él que una misma persona en un sentido conoce esa cosa y en otro sentido no. Esto puede servir para apaciguar su imaginación si se asusta ante el misterio. O que considere el estado de un niño, que parece, por cierto, no tener alma por algunos meses, que parece tener sólo los sentidos y las funciones de una vida animal, aunque sabemos que tiene alma, que ha de ser aún regenerada. ¿Qué puede haber más misterioso que el bautismo de un niño? ¿Qué extraño es, pero qué visión que extasía, qué fuente de meditación se abre ante nosotros, mientras miramos lo que parece tan desvalido, tan irracional, y sabemos que en ese momento tiene un alma tan plenamente formada, por un lado, capaz ciertamente de ser un hijo de ira, y por otro, Dios sea bendito, capaz de nuevo nacimiento por el Espíritu! ¿Quién puede

decir que no tiene las energías de la razón y de la voluntad en alguna esfera desconocida, del todo compatibles con la realidad de su insensibilidad al mundo exterior? ¿Quién puede decir que todos nosotros, o al menos los que viven en la fe de Cristo, no tienen alguna vida extraña pero inconsciente en la presencia de Dios mientras estamos aquí, viendo lo que no sabemos que vemos, impresionados aunque sin poder de reflexión, y esto, sin tener como consecuencia un doble yo, y con un incremento en nosotros, no disminución, de la realidad práctica de nuestra permanencia y probación terrenal? ¿Y antes, no hubo hombres que, como Eliseo cuando su espíritu siguió a Guejazi (2 Reyes 5,26), o como San Pedro cuando anunció la llegada de los servidores de Safira (Hechos 5,9), o como San Pablo cuando fue a Corinto en espíritu (1 Cor, 4,19; 5,3), parecían colocarse más allá de sí mismos aun estando en la vida mortal? ¿Quién sabe dónde está 'en los sueños de la noche'? Y siendo así, ¿cómo podemos decir que haya alguna contradicción porque mientras el Verbo de Dios estaba en el mundo, en nuestra carne, dotado por dentro y fuera con virtudes y sentimientos humanos, fe y paciencia, temor y alegría, dolor, presentimientos, enfermedades, tentaciones, aún así estaba, de acuerdo a Su naturaleza divina y desde el principio, abarcando con el pensamiento de un extremo al otro del cielo, leyendo los corazones, previendo los acontecimientos, y recibiendo toda adoración como en el seno del Padre? Esto es lo que, ciertamente, nos sugiere Él mismo en aquellas sorprendentes palabras dirigidas a Nicodemo, que pueden tomarse para dar a entender que aún Su naturaleza humana estaba a esa misma hora en el cielo mientras le hablaba: 'Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, *que está en el cielo*' (Juan 3,13).

Finalmente, si alguien estuviera tentado de considerar abstractas, especulativas e inútiles tales cuestiones como las anteriores, señalaría como respuesta que las he considerado sobre la base de ser, según creo, especialmente prácticas. Que no se piense como algo extraño decir, aunque lo digo, que hay mucho en la fe religiosa, aun de la

porción más seria de la comunidad actualmente, que pone muy inquietos a hombres observantes donde ella termina. Sospecho que no sería muy difícil volver perpleja la fe de un gran número de personas que creen ser ortodoxas, y ciertamente lo son de acuerdo a sus luces. Han estado acostumbradas a llamar Dios a Cristo, pero eso es todo. No consideran lo que significa aplicar ese título a Alguien que era realmente un hombre, y por la manera vaga en que lo usan están en no pequeño peligro, si son atacados por algún discutidor sutil, de que se les robe la sagrada verdad en su sustancia, aún si la conservan de nombre. Verdaderamente, hasta que no contemplemos a nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, como un ser realmente existente, externo a nuestras mentes, tan completo y entero en Su personalidad como mostramos ser nosotros mismos unos a otros, tan uno y el mismo en todos Sus variados y contrarios atributos, 'el mismo ayer, hoy y siempre', estaremos usando palabras que no aprovechan. Será así hasta que no hagamos real ese Objeto de fe, que no es un mero nombre al que se le asignan títulos y propiedades sin congruencia y significado, sino que tiene una existencia personal y una identidad distinta de cualquier otra cosa. ¿En qué sentido real le 'conocemos', si nuestra idea de Él no recoge e incorpora los múltiples atributos y oficios que le adjudicamos? ¿Qué ganamos con palabras, aun correctas y abundantes, si terminan en ellas mismas, en vez de iluminar la imagen del Hijo Encarnado en nuestros corazones? Con todo, se puede hacer este cargo, seguramente, contra la teología de las últimas centurias, que bajo la pretensión de salvarnos de la presunción, nos ha negado lo que está revelado. Como Ajáz, rehusando pedir un signo, de miedo de tentar al Señor.

Influenciados por ello, hemos casi olvidado la verdad sagrada, gratuitamente revelada para nuestra ayuda: que Cristo es el Hijo de Dios en Su Divina naturaleza, tanto como en la humana. Hemos casi dejado de referirnos a Él, según el modelo del Credo Niceno, como 'Dios de Dios, y Luz de Luz', uno con Él y, sin embargo, distinto de Él. Hablamos vagamente de Él

como Dios, lo cual es verdad, pero no toda la verdad, y en consecuencia, cuando procedemos a considerar Su humillación, somos incapaces de trasladar la noción de Su personalidad desde el cielo a la tierra. Aquel de quien se habla como Dios ahora, sin mencionar al Padre de quien procede, es luego descrito como una criatura, ¿pero cómo hacer para sostener juntas en nuestras mentes estas distintas nociones acerca de Él? Somos capaces, por cierto, de continuar la idea de Hijo en aquella de siervo, aunque el descenso sea infinito, e incomprensible a nuestra razón, pero cuando hablamos meramente primero de Dios, y después del hombre, parece que cambiáramos la naturaleza sin preservar la Persona. En verdad, Su filiación divina es esa parte de la doctrina sagrada sobre la cual la mente está destinada providencialmente a descansar de principio a fin, y, para sí misma, preservar Su identidad entera. Pero cuando abandonamos esta ayuda bondadosa dada a nuestra fe, ¿cómo podemos esperar obtener la única verdad y simple visión acerca de Él? ¿Cómo nos será posible mirar más allá de nuestras palabras, o aprehender de algún modo lo que decimos? En consecuencia, somos llevados a menudo, por necesidad, a discurrir sobre Sus palabras y obras, a distinguir entre el Cristo que vivió sobre la tierra y el Hijo del Dios Altísimo, hablando de Su naturaleza humana y Su naturaleza divina tan separadamente como para no sentir o entender que Dios es hombre y el hombre es Dios. Hablo de aquellos de nosotros que han aprendido a reflexionar, razonar y disputar, a investigar y seguir la pista de sus pensamientos, no de los indiferentes o analfabetos, que no están expuestos a la tentación de preguntar. Y de los primeros temo tener que decir (usando el lenguaje de la teología antigua), que comienzan por ser sabelianos, continúan siendo nestorianos, y tienden a ser ebionitas y a negar la divinidad de Cristo completamente. Mientras tanto, el mundo religioso piensa poco adónde le conducen sus opiniones, y no descubre que está adorando un mero nombre abstracto o una vaga creación de la mente en vez del Hijo siempre vivo, hasta que la defección de sus miem-

bros le conmueve, y le enseña que la así llamada religión del corazón, sin ortodoxia ni doctrina, no es sino el calor de un cadáver, real por un tiempo, pero cierto a desaparecer.

¿Cuánto tiempo durará ese error complicado bajo el cual está ahora nuestra Iglesia? ¿Cuánto tiempo las tradiciones humanas de fecha moderna tendrán que oscurecer, de tantas maneras, las majestuosas interpretaciones de la Sagrada Escritura que la Iglesia Católica ha heredado desde la época de los Apóstoles? ¿Cuándo estaremos satisfechos de gozar la sabiduría y la pureza que Cristo ha legado a Su Iglesia como un don perpetuo, en lugar de intentar cada uno por sí mismo, como mejor pueda, extraer nuestro Credo de los profundos manantiales de la verdad? ¡En vano habremos escapado, por cierto, de las supersticiones de la edad media, si las corrupciones de una filosofía temeraria y confiada en sí misma se extienden sobre nuestra fe!

¡Quiera Dios Padre otorgarnos un corazón y un entendimiento para captar realmente, y confesar, esa doctrina en la que fuimos bautizados: que su Hijo Unigénito, Nuestro Señor, fue concebido por el Espíritu Santo, nació de María Virgen, sufrió y fue sepultado, resucitó de entre los muertos, y ascendió a los cielos, desde donde vendrá nuevamente al fin del mundo a juzgar a vivos y muertos!

La Iglesia Católica: El hogar para siempre

FERNANDO MARÍA CAVALIER

Estamos recién en la mitad de la vida de Newman. Su pertenencia a la Iglesia Católica, como meta final y hogar definitivo, no debe debilitar el interés que tendría la consideración de los lugares en los que desarrolló la segunda parte de su vida, como hogares de contorno preciso. De hecho, fueron solamente tres: Old Oscott, rebautizada a su vuelta de Roma como Maryvale, residencia católica que le fue ofrecida por Nicolas Wiseman; Roma, adonde se dirige para su preparación a la ordenación sacerdotal católica; y definitivamente Birmingham, donde fundará el Oratorio inglés, en el que vivirá hasta el fin de sus días. Pero cada uno reviste su peculiar importancia, y nos servirán para seguirlo dentro del gran hogar católico, que debe permanecer como el ámbito de referencia general. Este es el último trazo histórico y lineal, en el que se condensan los ámbitos relativos a su familia, a Inglaterra, a la Iglesia Anglicana, a Oxford y a Littlemore, que hemos presentado a través de los números anteriores de *Newmaniana*. Aquí veremos a Newman en Old Oscott y en Roma, los hogares de su infancia y de su juventud católica, dejando para el próximo número su permanencia en Birmingham, el hogar de su madurez católica.

I

OLD OSCOTT: EL HOGAR DE SU INFANCIA CATÓLICA

Cuando Newman comienza a hablar en la *Apología*, de su estado de espíritu desde 1845, dice: *Desde el momento que me hice católico, no tengo, naturalmente, más historia de mis ideas religiosas que relatar. Al decir esto no quiero decir que mi entendimiento, ha permanecido ocioso, o que haya dejado de pensar en temas teológicos, sino que no tengo variaciones que anotar ni he tenido angustia alguna de corazón. He estado en perfecta paz y contento, nunca he tenido una duda. Al convertirme, no me he dado cuenta de cambio alguno, intelectual o moral, operado en mi espíritu. No he tenido conciencia*

*de fe más firme en las verdades fundamentales de la revelación, ni de más dominio de mí mismo. Tampoco he sentido más fervor. Fue como un llegar al puerto tras una borrasca, y mi felicidad, que entonces sentí, permanece sin interrupción hasta el presente*¹. Veinte años habían pasado cuando Newman decía esto. Siempre había percibido una continuidad esencial entre las etapas de su vida religiosa.

En este sentido último, no sólo se refirió a su propia conversión sino que escribió mucho sobre "la conversión" como realidad religiosa.

¹ Apo., 238.

Decía que la conversión de una religión falsa a la verdadera ocurre gradualmente, al modo de un proceso continuo. En este proceso las certezas básicas que se tenían al principio no se pierden. Es por esta continuidad que la fe católica contiene y reclama como suya toda verdad. Los conversos vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen². Han añadido artículos a su fe, pero quedaron los antiguos en pie. En el *Tract 5* había dicho que *La verdadera conversión tiene un carácter positivo y no negativo... Hasta el punto que si un espíritu religioso, educado en cualquier forma de paganismo o de herejía, y sinceramente ligado a ella, fuera un día conducido a la luz de la verdad, abandonarían su error para creer en la verdad, sin perder lo que poseía, pero adquiriendo lo que no poseía, sin ser 'despojado' sino 'revestido', exactamente como 'el cuerpo será revestido por la inmortalidad' (I Cor 15,54)*³. Aún así hay pérdidas, que o bien son los errores, o bien bienes que quedan sopesados por el bien mayor conseguido. Dirá: *He perdido amigos, pero he gana-*

*do a Aquel que al darse a Sí mismo da el ciento por uno en casas, hermanos, hermanas, hijos y tierra. He perdido lo perecedero y ganado lo infinito. He perdido lo temporal y ganado lo eterno*⁴. El converso lúcido sabe lo que pierde y lo que gana. Newman escribirá en Roma una novela, casi autobiográfica, que llevará este título: *Perder y Ganar (Loss and Gain)*.

Si bien la conversión se puede entender como un desarrollo, esto no significa que la conclusión no suponga siempre un 'paso' final firme y definitivo, que necesita de voluntad y es siempre libre. Antes de aventurarse tampoco se ve claro. Por otra parte el converso sufre incomprendiones de ambas partes. Estas dificultades propias del camino hacia la verdad, hacen que la conversión sea generalmente lenta, y por lo tanto no se pueda hacer todo de una vez. *¿Qué obra buena llegaríais a comenzar si desearais, ya desde el principio, ver la terminación? Si queréis hacer todo de una vez, no haréis nada. El que comienza bien ha realizado la mitad del trabajo... Es mejor venir con rapidez, pero es aún*



St. Mary's College, Oscott. Grabado en Maryvale.

² G.A., 243-256 (Cfr. todo el texto)

³ D.A., 3, 200-201.

⁴ Mix., XI, 236-237.



Nicholas Wiseman

*mejor venir con lentitud, que hacerlo frívolamente, pues a veces sucede, como dice el refrán, que a mayor prisa peor velocidad*⁵. En fin, encontraremos múltiples reflexiones de este tipo en sus sermones católicos, en novelas, ensayos y en la *Grammar of assent*.

Muchos anglicanos saludaron con emoción la conversión de Newman, como Keble y Pusey, aunque no lo imitaron nunca; pero otros dieron un suspiro de alivio al ver desaparecer de la escena anglicana un hombre semejante. Newman sufrirá las reacciones del que había sido su hogar espiritual. Algunos negaban que se hubiese convertido realmente, otros que era

fruto de su debilidad de carácter, o de oportunismo, otros profetizaban que volvería, o que perdería la fe, y no faltaban los que aseguraban que ya había vuelto. *Es muy lógico* -escribe con asombrosa humildad y caridad, en carta a Jemima- *que muchos tengan los sentimientos que describes sobre mi marcha... pero no se ponen en mi situación, sino que me ven desde la suya propia. Pocas personas pueden ponerse a sí mismas en la situación del otro*⁶.

Tampoco los católicos permanecían insensibles y silenciosos, sino que predominaba una mezcla de alegría e inquietud, ya que presenciaban un fenómeno que no se había visto en siglos en Inglaterra. De hecho, detrás de Newman siguieron Christie, Walker, Oakeley, Faber, Russell, Knox, Giberne, Coffin, y muchos otros. El domingo 12 de octubre Newman, con St. John, Dalgairns y Stanton, asistieron a Misa en la capilla católica San Clemente en Oxford.

Un número grande había precedido a Newman en el camino a Roma, y centenares le seguirían, al no poder aceptar la catolicidad de la Iglesia anglicana. Entre ellos estará Henry Manning, que llegaría a ser Cardenal y la gran figura inglesa junto a Newman y a Wiseman, los tres cardenales que llenan la historia católica inglesa de la segunda mitad del siglo XIX.

Escribe el deán Church: 'A lo largo del otoño del año siguiente, amigos a cuyo nombre y figura estábamos acostumbrados en Oxford desaparecieron uno tras otro y no volvieron allí. Se abandonaron puestos de 'miembro' (fellow) de los colegios universitarios, cargos eclesiásticos, coadjutorías y proyectos de vida profesional... Parte notable de la sociedad inglesa aprendió lo que es el noviciado en un sistema religioso, hasta entonces no sólo extraño y desconocido, sino también temido; o a perder

⁵ Íd. anterior.

⁶ L.D., XI, 13.

amigos y familiares, que de repente quedaban transformados en adversarios puros e intransigentes⁷. Newman pierde contacto con sus amigos Keble y Pusey. Al hacer la recensión de un nuevo libro de poesías del primero, Newman termina con esta frase: *La Iglesia anglicana está muerta; solo la voz que resucitó a la hija de Jairo podría revivirla*⁸. Estas palabras dichas el siglo pasado, resuenan actuales, cuando miramos la situación presente de la Iglesia anglicana, las conversiones varias de obispos, sacerdotes y laicos al catolicismo que se están dando, y la expresión "la Iglesia Anglicana ha muerto" que se leía en pancartas de protesta, contra la ordenación de mujeres y otras desviaciones recientes. Newman está muy presente en muchas mentes anglicanas de hoy, buscadoras de la verdadera Iglesia. El fenómeno histórico de estas conversiones, sin precedentes precisamente desde la época de Newman, es tanto más interesante, cuanto que le acompaña en las naciones tradicionalmente católicas del continente europeo un proceso inverso de abandono de la fe.

Por otra parte, hacerse católico en Inglaterra, en la época de Newman, no era muy auspicioso; significaba entre otras cosas un descenso en la escala social. Pero desde el punto de vista interno de la Iglesia católica inglesa, tampoco ofrecía un cuadro demasiado atrayente. Así nos describe el padre Morales la situación del catolicismo inglés de aquel momento. "Gobernados desde Roma en régimen de misión por la Congregación *De Propaganda Fide*, los católicos de Inglaterra y Gales estaban organizados desde 1840 en ocho vicariatos. El aislamiento, las leyes penales y la hostilidad social habían acentuado en la dispersa comunidad católica los rasgos de insularidad británica y habían originado sobre todo un catolicismo estático, ausente del mundo intelectual y de carácter tendencialmente gali-

cano (es decir de iglesia nacional con reticencia a Roma). Los depositarios de la tradición católica inglesa -los *old catholics*- habitaban en su mayoría las zonas rurales o llevaban en las ciudades una vida silenciosa y sin brillo. Un pequeño grupo pertenecía a la nobleza, otros en número mucho mayor podían calificarse de hidalgos -*squires*- y el grueso de la comunidad ejercía el comercio u oficios artesanales. Los sacerdotes desempeñaban esencialmente funciones de capellanes en casas nobles, de atención pastoral en discretas capillas y de callada investigación en bibliotecas. Su vestimenta a comienzos del siglo XIX -sombbrero azul de copa, cuello alto de paisano y corbata blanca- apenas permitía distinguir su condición clerical⁹. La conversión de Newman fue



Capilla principal de Maryvale a fines del S. XIX

⁷ Cfr. R.W.Church, op.cit., 394-395.

⁸ E.C.H., II, 450.

⁹ Cfr. J. Morales, op.cit., 132.



St. Mary's College, Oscott.

guiada por la fe en "la" Iglesia verdadera, que había reconocido en los tiempos de San Atanasio y San Agustín, y que sabía permanecía viva en el seno de la Iglesia romana de entonces, y de siempre.

Nicolas Wiseman, también futuro cardenal, era por entonces obispo coadjutor del vicario apostólico del distrito central de Inglaterra y Gales y presidente del College católico de Oscott. Estaba exultante con las conversiones, pues trabajaba desde hacía años en la conversión de Inglaterra, meta de muchos católicos y esperanza siempre viva de la Santa Sede. Un artículo suyo había abierto los ojos de Newman cuando estudiaba la cuestión monofisita, al encontrar aquella frase de San Agustín. Lo cierto es que, cuando Newman fue a verlo a fines de 1845 para recibir la Confirmación, Wiseman le convenció de prepararse a recibir el orden sagrado católico, pues no estaba todavía en la perspectiva del converso ser sacerdote católico. Le ofreció a él y a su grupo el edificio llamado Old Oscott,

en las afueras de Birmingham. Por su parte Newman le envió a Wiseman el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, para que lo revisara, pero el obispo no encontró nada que objetar y se publicó tal cual estaba.

En Oscott viven con Newman St. John, Bowles, Morris, Stanton y Walker. Dalgarns ha ido a Francia y otros a Londres. El grupo está aún sin organización, según Newman, como un *Littlemore continuado*¹⁰. Por esos días recibe del Papa Gregorio XVI un crucifijo con una reliquia de la Santa Cruz. El Papa moriría en junio. Pío IX le sucederá. León XIII le hará Cardenal en 1879. Estos fueron los tres Papas que conoció en su vida católica.

En cierto sentido la vida de Newman cambió muy poco. No tuvo que alterar su doctrina sobre la Iglesia, y hacía tiempo que creía en la presencia real de Cristo en la eucaristía. Sí añadió la doctrina de la transustanciación, del

¹⁰ L.D., XI, 139.

purgatorio, las indulgencias y la invocación a los santos. La devoción a Nuestra Señora ya la tenía, habiendo predicado sermones inolvidables desde el comienzo de su sacerdocio anglicano. En cuanto a la oración, añadió prácticas católicas como el rosario y las visitas al santísimo sacramento, pero se atuvo a las fórmulas de su juventud. Copió nuevamente las oraciones que había redactado o adaptado después de su primera conversión a los 15 años, en los cuadernos que leyó hasta el fin de su vida, en la acción de gracias después de la Misa.

El cambio operaba en un sentido diferente, más bien opuesto. Lo dice en una nota al final de la *Apología*: *He dicho en una de las páginas precedentes que, con motivo de mi conversión, no tuve conciencia de cambio alguno de pensamiento o de sentimiento que se operara en mí respecto de materias de doctrina; no así respecto de algunas materias de hecho; y si bien no tengo ningún deseo de ofender a los que profesan el anglicanismo, me siento obligado a confesar que experimenté un gran cambio en mi manera de ver a la Iglesia anglicana. No sabré decir al cabo de cuánto tiempo, pero muy pronto me sobrecogió un pasmo extremo de que hubiera jamás imaginado que la Iglesia anglicana formaba parte de la Iglesia católica. Por primera vez la miraba desde fuera y (así me lo diría a mí mismo) la veía tal como era...: una mera institución nacional. Como si súbitamente me hubieran abierto los ojos, la vi así espontáneamente, sin ningún acto racional preciso ni argumento de ningún género; y así la he visto siempre desde entonces. Supongo que la causa principal de esto radica en el contraste que me ofrecía la Iglesia católica. Entonces reconocí al punto una realidad que era algo completamente nuevo para mí. Entonces me di cuenta de que no estaba fabricándome por mí*

mismo una Iglesia mediante un esfuerzo de pensamiento; no necesitaba hacer un acto de fe en ella; no tenía por qué esforzarme penosamente para adoptar una actitud adecuada, sino que mi espíritu se colocaba en ella relajado y en paz, y yo miraba a la Iglesia casi pasivamente, como un gran hecho objetivo. La contemplaba; sus ritos, su ceremonia, sus preceptos, y me decía: 'Esto es una religión'. Y luego, cuando volvía la mirada a la pobre Iglesia anglicana, por la que tan arduamente había trabajado, y a cuanto le pertenecía, y pensaba en nuestros diversos ensayos de exonerarla doctrinal y estéticamente, se me antojaba la más vana de las quimeras¹¹.

Newman recibe en Oscott la tonsura y las órdenes menores. Wiseman le propone ir a Roma para estudiar más la teología católica y ser ordenado sacerdote, pero al mismo tiempo se le ve en la capilla de Oscott recibiendo catecismo y haciendo cola junto a adolescentes para confesarse. La humildad fue quizás la virtud más evidente en él, como no podía ser de otra manera en quien buscó siempre la verdad con olvido de sí.

En septiembre de 1846, acompañado del fiel amigo Ambrose St. John, partió para Roma. La amistad de St. John sería en la vida católica de Newman, lo que Froude había sido en la anglicana. Visitan París y Langres, donde estaba Dalgairns preparándose al sacerdocio, y pasan por Milán, donde lamentan no poder ver ni a Manzoni, el gran escritor, autor de la célebre novela *Los novios*, ni a Rosmini, el célebre sacerdote filósofo, algunas de cuyas obras ascéticas Newman había usado en Littlemore. Llegaron a Roma en octubre.

¹¹ Apo., nota E, 339-340.

II

ROMA: EL HOGAR DE SU JUVENTUD CATÓLICA

Había estado allí con Froude en 1833. Volvería a estar en 1856, con motivo del conflicto con los oratorianos de Londres, y en 1879 para recibir el capelo cardenalicio. Lo primero que hizo fue caminar hasta la Basílica de San Pedro para orar. Se instalaron, él y St. John en el colegio de *Propaganda fide* para estudiar teología.

Le conmueve la grandeza de lo católico. Asiste en San Pedro a una Misa celebrada por el Papa en el Altar de la Confesión. Valora la maravilla de la Ciudad Eterna a la luz de la fe plena. Pero advierte también el lado oscuro: la ausencia de un pensamiento filosófico real en las facultades de teología de Roma, y una enseñanza inalterable. *Aquí hay un molde de hierro*, le escribe a su hermana Jemima. Le incomoda la suciedad de las calles y la forma de ser de los romanos: *Uno se sorprende enseguida de su horrible crueldad con los animales; también de su falta de honradez, pues mienten y roban, al parecer, sin ninguna conciencia...también demuestran cómo es posible disociar la religión y la moral de una manera espantosa. Pero le admira su sencilla certeza en la fe, que para un protestante o anglicano es asombrosa...También descubre entre los eclesiásticos un profundo recelo del cambio, con una perfecta incapacidad de crear nada positivo ante las necesidades de los tiempos*¹².

Asiste a las clases de la Universidad Gregoriana. El nivel era modesto, pues los alumnos se limitaban a estudiar manuales deficientes, ignorando casi a San Agustín e incluso a Santo Tomás. Tampoco había recurso a los Padres. El teólogo

más destacado era Giovanni Perrone, jesuita, quien había citado en sus clases algunos textos del Newman anglicano, no siempre para aprobarlos. Newman apreciaba el tratado sobre razón y fe que Perrone había publicado. La preocupación de Newman era la aceptación de su *Ensayo sobre el desenvolvimiento de la doctrina cristiana*. Newman preparó un resumen en latín de sus tesis teológicas. Perrone le hizo pocas observaciones. Ahora podía seguir tranquilo desarrollando su pensamiento en el seno de la Iglesia católica.

Pero a pesar de lo importante de sus tesis teológicas, su mayor preocupación de entonces era clarificar su vocación, o mejor dicho, encauzarla, tanto él como el pequeño grupo de conversos que le acompañaba. Tenían que encontrar el camino, el lugar, el modo, de servir a Dios en la Iglesia de Roma. Reflexionó sobre su entrada en diversas órdenes religiosas. Queda así comprometido en una nueva búsqueda espiritual. En verdad comienza a vivir situaciones de vocación juvenil, pero a los 46 años. Está en su juventud católica, no respecto de la fe católica, ya madurada por tantos años de oración, trabajo intelectual y pastoral, sino en cuanto a su lugar y a su actuación como sacerdote católico.

Para comprender la decisión que Newman va a tomar, es necesario recordar algunas ideas que ya estaban en él, y que, como todo lo suyo, no serán destruidas sino 'desarrolladas', para usar su mismo lenguaje. *No os desprendáis de las cualidades que Dios os ha entregado, sino perfeccionadlas para su servicio*, dirá más adelante¹³.

¹² L.D., XII, 24 y 104.

¹³ Cfr. P. Murray, Op. cit., 221.

En primer lugar, ya vimos el aprecio que, desde sus estudios de la patrística, había comenzado a tener por la vida monástica, hasta pensar *si no se podría fundar, en toda sencillez y sinceridad sobrenatural, una sociedad semejante si los tiempos fueran mal*¹⁴. Junto con Froude, en los inicios del Movimiento de Oxford, imaginaban agrupaciones de presbíteros célibes que ejercieran su labor en las grandes ciudades, y ésta era precisamente la idea que tenía de un College, al estilo del siglo XIV, con *fellows* célibes dedicados a la oración, la predicación, la defensa de la Iglesia, el culto y el estudio de las ciencias y las artes. De hecho, vimos cómo adquirió un terreno en Littlemore con este propósito, y cómo, cuando lo exigió la situación, dejó Oxford por Littlemore, llevando allí una vida de retiro orante y estudio, en cuyo ambiente decidió su conversión. Todo esto podría hacer pensar que, ya católico, Newman se habría orientado a la vida monacal, terminando benedictino. Su tendencia a la no-mundanía, que tenía desde su adolescencia, apoyaría esta posibilidad.

Pero, como bien dice el padre Morales en su biografía, 'Newman era hogareño, y a pesar de su no-mundanía necesitaba un contacto con el mundo que la vida monástica no podía proporcionarle'¹⁵. Lo cual nos confirma en la óptica que hemos elegido para hablar de él como aproximación a su vida: su 'hogar' dentro del catolicismo no estaba en un monasterio. Tampoco estaba en la Compañía de Jesús, que era la orden religiosa de mayor prestigio, ni en los dominicos (St. John parecía inclinarse por los jesuitas y Dalgairns por los dominicos). Newman buscaba lo que más se asemejara con lo que él era y tenía en su mente: un *fellow* de Oxford y un *gentleman* inglés. Había escuchado, o más bien leído, en 1839, un artículo de Wiseman para el Dublin Review, en el que éste hacía la recensión de los Remains de Hurrell Froude, donde se hablaba de

aquellos grupos de sacerdotes en orden al apostolado en Inglaterra, idea que como vimos compartía con Newman. Wiseman decía: 'Una comunidad de sacerdotes que hagan vida común según una benigna pero permanente regla y que extiendan su trabajo a todo el país nos parece el medio más eficaz para difundir nuestra santa religión... La institución que mejor encarna todas nuestras ideas en este asunto es el Oratorio de San Felipe Neri'¹⁶.

Esta fue la primera vez que Newman se enteró del santo italiano y de su obra, pero se ve que nunca lo separó de su mente. Siete años después le vemos en Roma a punto de ser ordenado, y volvió al mismo pensamiento. *El Dr. Wiseman tenía razón al decir que debíamos ser oratorianos. Lo que hemos visto en París nos ha desanimado con respecto a los paúles. Los jesuitas parecen estar fuera de lugar en todas partes. Tampoco oímos gran cosa de los dominicos. Se diría que este tiempo pide una secularidad externa con un compromiso interno de moderado ascetismo; y esto es precisamente lo propio del Oratorio*¹⁷.



John Henry Newman y Ambrose St. John en Roma en 1846 (pintura de María Gibarne)

¹⁴ L.D., III, 107.

¹⁵ Cfr. J. Morales, op. cit., 152.

¹⁶ Dublin Review, mayo 1839, 429.

¹⁷ L.D., XI, 263.

San Felipe Neri no había fundado una nueva orden religiosa en el siglo XVI, sino un grupo de sacerdotes seculares que vivían en común sin emitir votos y con el único vínculo de la caridad fraterna. Cada casa del oratorio vivía independientemente su vida, en la que los sacerdotes desarrollaban su actividad basada en los sacramentos, la prédica sencilla y el ejercicio de las obras de caridad. El Oratorio comenzó siendo la reunión que tenía el Santo con sus discípulos, en torno a la lectura, oración y conversación espiritual, en su habitación de Roma, y terminó siendo el lugar y luego el nombre de la Congregación, que exigida por el Papa, se avino a fundar. Renovó la vida del clero secular de entonces y la del pueblo fiel. Entabló amistad con los grandes escritores, científicos y artistas de la época. Amigo dilecto del gran músico Palestrina, el primer polifonista de la música religiosa, incluyó en la vida del oratorio la dedicación a este arte, como actividad necesaria a la piedad y devoción cristiana. También en esto último Newman encontró un parecido consigo mismo: su violín y el canto en las celebraciones, que enseñara con esmero en Oxford y Littlemore, tenían su continuidad católica. San Felipe tenía, además, como distintivo de carácter, una afabilidad y alegría que ganaba a todos, incluso por las dotes de un gran

humor, y fue llamado 'el apóstol de Roma'. Newman le cobró gran afecto desde que le conoció.

No puede haber aproximación a Newman, sin haberla también a San Felipe Neri. En un sermón predicado en 1850, dedicado al santo, describe primero la Florencia mundana del siglo XVI, y al fraile dominico Savonarola luchando en ella: *Florencia tuvo, pues, su Apóstol. Hemos visto su comienzo y su fin. Fue un hombre celoso y heroico, pero, tanto como podemos juzgar, no alcanzó el nivel de un santo. No es por el entusiasmo de la multitud o por la violencia política, no es por la declamación poderosa o despotricando contra sus autoridades, que se ponen los fundamentos de las obras religiosas. No es por repentina popularidad, o por fuertes resoluciones y demostraciones, o por incidentes románticos, o por éxitos inmediatos, como comienzan las empresas que han de perdurar... No digo que... el brillante pero breve triunfo de Savonarola sea despreciable. Hizo bien en su momento, aunque su momento fue corto. Aún así, después de todo, su historia trae a la mente aquel pasaje de la historia sagrada, donde el Altísimo descubre su presencia a Elías en el Monte Horeb. 'El Señor no estaba en el viento', ni 'en el terremoto', ni 'en el fuego', sino que después del fuego llegó 'el susurro de*



Iglesia de la Santa Croce en Roma donde Newman y St. John hicieron su noviciado oratoriano en 1847.



Capilla del Colegio de Propaganda Fide en Roma, donde Newman celebró su primera misa en 1846.

una brisa suave'... Después de Savonarola, Felipe. Y la vida de un santo tiene su propio fuego. Nada era demasiado alto o demasiado bajo para él. Les enseñó a pobres mujeres mendigas a hacer oración mental, llevaba los chicos a jugar, protegió huérfanos y actuó como maestro de novicios con los hijos de Santo Domingo. Fue maestro y director de artesanos, mecánicos, cajeros de banco, mercaderes, orfebres del oro, artistas y hombres de ciencia. Fue consultado por monjes, canónigos, abogados, médicos, cortesanos, damas de la más grande alcurnia, convictos yendo a la ejecución, que a su turno atraieron su solicitud y oraciones. Cardenales rondaban por su habitación, y Papas pidieron su milagrosa ayuda en la enfermedad y su asistencia a la hora de la muerte. Fue su misión salvar a los hombres, no del mundo sino en él. Para romper con la altanería del rango y el fastidio de la moda, dio a sus penitentes mortificaciones públicas. Para sacar a la juventud de los teatros, abrió su Oratorio de Música Sacra. Para rescatar a los descuidados del Carnaval y sus excesos, implantó la peregrinación a las Siete Basílicas. Para aquellos que amaban la lectura, sustituyó las obras de caballería o las novelas perjudiciales por el verdadero romance y la poesía celestial de las Vidas de los Santos. Puso a uno de sus discípulos a escribir historia sobre las herejías de la época, a

otro a tratar sobre las Notas de la Iglesia, y a un tercero a encargarse de los Mártires y Antigüedades cristianas. Pues, mientras en los discursos y devociones del Oratorio prescribía la simplicidad de los primeros monjes, quería que sus hijos, individualmente y en privado, cultivaran sus dones al máximo. Él fue, después de todo y en todo, su verdadero modelo, el humilde sacerdote retrocediendo ante cualquier clase de dignidad, puesto u oficio, y viviendo gran parte del día y de la noche en oración, en su habitación o sobre el tejado. Y añade en un escrito posterior: Vivió cuando un nuevo mundo de pensamientos y belleza se abría a la mente humana con el descubrimiento de los tesoros de la literatura y el arte clásicos... Vio a los hombres importantes y a los sabios, a los estudiantes y artistas, la pintura, la poesía, la escultura, la música y la arquitectura, atraído todo por un encanto falso y girando en torno a un abismo... Lo vio y se dio cuenta de que el mal debía ser combatido no con polémicas ni con mera ciencia, no con protestas y advertencias, no por cristianos retirados del mundo o únicamente por la acción de predicadores, sino mediante la gran fascinación contraria que ejercen la pureza y la verdad... Prefirió así entrar en la corriente y dirigir el río que no podía detener: el río de la ciencia, la literatura y el arte, para modelar, dulcificar y santificar

*lo que Dios había hecho bueno y el hombre había deteriorado*¹⁸.

Con estas palabras suyas sobre San Felipe queda expresado también lo que quiso ser, y verdaderamente fue después, la vida de Newman católico y de sus compañeros de camino. Los oratorianos podían ser, en efecto, lo apropiado para los nuevos conversos, un camino intermedio entre los jesuitas o la vida religiosa, y el clero secular. Su estilo era el de ser sujetos libres, que tenían pocas normas y vivían en comunidad mediante el buen trato, el conocimiento propio y el de los demás, bajo la tutela de un superior, que se elige entre ellos. Esto, de hecho y en esencia, ya lo habían vivido Newman y sus compañeros en Littlemore y en Old Oscott, y tenía como antecedente más lejano la misma vida como fellows en el Oriel. La continuidad quedaba garantizada. Newman seguía fiel a sus siete notas de un desarrollo auténtico, que había escrito uno o dos años antes. Dice en una de sus primeras cartas a los oratorianos ya instalados en Birmingham: *Ahora diré en una palabra lo que es la más cercana aproximación de hecho a una Congregación del Oratorio que conozco, y es, uno de los Colleges en las Universidades anglicanas. Tomad un Collegial, destruíd la rectoría, aniquilad mujer e hijos, y colocadlo en el cuerpo de fellows, cambiad la religión de protestante en católica, y dad al rector y a los fellows trabajo misionero y pastoral, y tendréis una Congregación de San Felipe delante de vuestros ojos... un oratoriano tiene sus propios cuartos, y sus propios muebles... no forma una celda sino un 'nido'. Tiene sus cosas alrededor, sus libros y pequeñas posesiones. En una palabra, tiene lo que el inglés expresa con la característica palabra 'comfort'. Y esta característica de las habitaciones privadas del oratoriano no es sino la muestra de cada parte de un establecimiento oratoriano*¹⁹... Por supuesto no hay que interpretar este 'comfort' en el sentido mundano o en la búsqueda de la comodidad moderna, sino en contraste con la celda del monje o del religioso, y en correspondencia con las necesidades de la vocación a la que Newman se

sentía llamado. Se trataba de la comodidad básica, llena de sencillez, apartada de la ostentación, así como buscaba apartarse en lo intelectual de la erudición pedante y en la vida espiritual de aparentar virtud. La figura de San Felipe era sin duda el modelo que tenía a la vista. Por supuesto, debía adaptar en alguna medida las reglas al ambiente propio de Inglaterra, y así se lo aconsejó el mismo Papa Pío IX, que aprobará los nuevos estatutos.

Newman y St. John fueron ordenados sacerdotes el 30 de mayo de 1846 en la capilla del Colegio de Propaganda Fide, por su rector el Cardenal Fransoni. El 3 de junio Newman celebró su primera Misa y el 8 lo hace en la habitación de San Ignacio, en el Gesù. Luego se reúnen Newman y sus seis compañeros: Ambrose St. John, John Dalgairns, William Penny, Richard Stanton, Frederick Bowles y Robert Coffin, todos conversos entre 1844 y 1845. Los futuros oratorianos se reúnen en Santa Croce, para prepararse en lo propio de su nueva vida. El mismo Papa los visita en agosto. En diciembre Newman está de vuelta en Inglaterra.

Fue nombrado primer superior del Oratorio inglés, que debía estar en Birmingham, donde Wiseman era Vicario Apostólico. La comunidad de instaló en la casa de Old Oscott, que fue rebautizada con el nombre 'Maryvale' (Valle de María), el 1 de febrero de 1848, vigilia de la fiesta de la purificación, que era (para seguir con la continuidad) la fiesta del colegio de Oriel de Oxford, llamado colegio de Santa María, al igual que la iglesia que le estaba adjunta, y que era la capilla de la Universidad donde Newman había sido vicario tantos años.

En 1849 se mudaron a la calle Alcester, en medio de Birmingham, donde establecieron el oratorio y una iglesia, con parroquia y escuela. Más tarde cambiarían nuevamente de sitio, pero siempre en Birmingham. Newman había encontrado finalmente el 'hogar' donde vivirá el resto de su vida, su 'nido' definitivo en el gran hogar de la Iglesia católica.

¹⁸ Var. occ.XII, 199-242. Trad. en Newmaniana número 15, 1995.

¹⁹ Oratory Papers, número 5 (1848), en *Newman the Oratorian*.

La perfección infinita de Dios

Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia
(De Él, por Él y en Él son todas las cosas)

1. *Ex ipso.* Te adoro, mi Dios, como el origen y la fuente de todo lo que está en el mundo. Alguna vez nada hubo sino Tú. Así fue por toda una eternidad. Solamente Tú no has tenido principio. Tú siempre has existido sin principio. Tú has existido necesariamente desde toda la eternidad por Ti mismo, teniendo acumuladas en Ti todas las perfecciones, también por Ti mismo; un mundo de mundos; un infinito abismo de todo lo que es grande y maravilloso, bello y santo; un tesoro de infinitos atributos, todos en uno; infinitamente uno mientras son infinitamente varios. Dios mío, pensar esto simplemente excede a una naturaleza creada, mucho más a la mía. No logro alcanzarlo. Puedo apenas usar palabras, y decir 'creo', sin comprender. Pero puedo hacer esto: puedo adorarte, mi gran y buen Dios, como la única fuente de toda perfección, y eso hago y, con Tu gracia, siempre haré.

2. *Per ipsum.* Y cuando empezaron a existir otros seres, vivieron por Ti. No comenzaron a ser de sí mismos. No vinieron a la existencia sino por Tu voluntad determinada, por Tu eterno consejo, por Tu sola obra. Proceden totalmente de Ti. Desde toda la eternidad, en el profundo océano de Tu santidad, predestinaste todas las cosas que tendrían lugar en su momento. Ni una sola sustancia, por insignificante que sea, existe sino por Tu designio y Tu obra. Más aún, ni una sola alma llega a existir sino por directo nombramiento y acción Tuya. Tú ves, y has visto desde toda la eternidad, cada una de Tus criaturas. Me has visto a mí, Dios mío, desde toda la eternidad. Ves claramente, y siempre has visto, si me salvo o me pierdo. Ves mi historia a través de todas las edades en el cielo o en el infierno. ¡Oh pensamiento tremendo! Dios mío, hazme capaz de soportarlo, para que no me confunda totalmente pensar en Ti, y guíame adelante hacia la salvación.

3. *In ipso.* Y creo y sé, sobretodo, que todas las cosas viven en Ti. Todo lo hay de ser, de vida, de excelencia, de gozo, de felicidad, en toda la creación, es en su sustancia simple y absolutamente Tuyo. Profundizando en el océano de Tus infinitas perfecciones es que todos los seres tienen lo que tienen de bueno. Toda la belleza y majestad del mundo visible es una sombra o un vislumbre de Ti, o de la manifestación o acción en un medio creado de uno u otro de Tus atributos. Todo lo maravilloso en cuanto al talento o al genio no es sino un reflejo indigno del más tenue destello de la mente eterna. Todo lo que hacemos bien, no es sólo por Tu ayuda, sino apenas una imitación de esa santidad que es plena en Ti. Dios mío, si algún día te veré, ¿qué visión puede compararse a aquella gran visión? ¿Veré la fuente de esa gracia que me ilumina, me fortalece y me consuela? Como vengo de Ti, estoy hecho por Ti, y vivo en Ti, Dios mío, haz que al final vuelva a Ti, y esté contigo por siempre jamás.

El conocimiento infinito de Dios

Omnia nuda et aperta sunt oculis eius; non est ulla creatura invisibilis in conspectus eius
(Todas las cosas están desnudas y abiertas a Sus ojos;
no existe ninguna creatura invisible a Su vista)

1. Dios mío, Te adoro porque contemplas todas las cosas. Tú conoces de un modo del todo diferente y más elevado que cualquier conocimiento que puedan poseer las criaturas. Nosotros conocemos por medio de la vista y el pensamiento, y hay pocas cosas que conozcamos de otro modo. Pero ¡qué distinto es este conocimiento, no sólo en extensión sino en su naturaleza y características, a Tu conocimiento! Los ángeles saben muchas cosas, pero su conocimiento comparado al Tuyo es mera ignorancia. El alma humana, que Tú asumiste cuando Te hiciste hombre, estuvo llena desde el comienzo con todo el conocimiento posible a la humana naturaleza: pero aún eso no fue más que una gota comparado con el abismo de ese conocimiento, y su intensa luminosidad, que es Tuya como Dios.

2. Dios mío, ¿puede ser de otro modo? Si desde el principio y desde toda la eternidad Tú eras por Ti mismo, y Tu bienaventuranza consistía en conocerte y contemplarte a Ti mismo, el Padre en el Hijo y el Espíritu, y el Hijo y el Espíritu respectivamente uno en el otro y en el Padre, comprendiendo así infinitamente lo infinito. Si así conociste Tu propia infinitud perfectamente, conociste lo que es más grande y mayor que lo que cualquier otra cosa pueda ser. Todo lo que contiene el universo entero, todo junto, es al fin y al cabo finito. ¡Es finito aunque sea ilimitado!, es finito aunque sea tan multiforme, es finito aunque sea tan maravillosamente calificado, hermoso y magnífico. Pero Tú eres el Dios infinito, y conociéndote a Ti mismo, conoces mucho del universo entero, por más vasto, complejo, variado, y todo lo que es en sí.

3. Mi gran Dios, Tú conoces todo lo que hay en el universo porque Tú mismo lo hiciste. Es la misma obra de Tus manos. Tú eres omnisciente porque eres omnicreativo. Conoces cada parte, aunque sea diminuta, tan perfectamente como conoces el todo. Conoces la mente tan perfectamente como la materia. Conoces los pensamientos y los propósitos de cada alma tan perfectamente como si hubiera otra alma en toda Tu creación. Me conoces a mí de parte a parte. Todo mi presente, mi pasado y mi futuro están delante de Ti como un todo. Tú ves todas esas mociones delicadas y evanescentes de mi pensamiento que se escapan de mí mismo enteramente. Tú puedes rastrear cada acto, realizado o pensado, hasta su origen, y seguirlo en todo su desarrollo y consecuencias. Tú conoces qué será de mí al final. Tienes ante Ti es hora en que llegue hasta Ti para ser juzgado. ¡Qué tremenda es la perspectiva de encontrarme en la presencia de mi Juez! Sin embargo, Señor, no quisiera que no me conocieras. Es mi mayor sostén saber que Tú lees mi corazón. Dame más de esa sinceridad de corazón abierto que he deseado. Guárdame de tener miedo de Tus ojos, de la conciencia interior de que no estoy tratando honestamente de agradarte. Enséñame a amarte más, y entonces estaré en paz, sin ningún temor de Ti en absoluto.

La Providencia de Dios

1. Te adoro, Dios mío, por haber establecido los fines y los medios de todas las cosas que has creado. Tú has creado cada cosa para algún fin que le es propio, y la diriges hacia ese fin. El fin que señalaste en el principio para el hombre es que Te adore y Te sirva, y su propia felicidad el hacerlo; una bendita eternidad del alma y del cuerpo contigo para siempre. Tú has provisto para esto, y lo haz hecho para cada hombre. Como Tu mano y Tu ojo están sobre las bestias creadas, así lo están sobre nosotros. Tú sustentas todas las cosas en la vida y en la acción en orden a su propio fin. Ni un solo reptil, ni un solo insecto, dejas de ver y hacerlo vivir mientras dura su tiempo. Ni un solo pecador, ni un solo idólatra, ni un solo blasfemo, ni un solo ateo vive sino por Ti, y para que pueda arrepentirse. Tú eres cuidadoso y tierno para con cada uno de los seres que has creado, como si fuera el único en todo el mundo. Porque puedes ver a cada uno de ellos a un mismo tiempo, y amas a cada uno en esta vida mortal, y sigues a cada uno por sí mismo, con toda la plenitud de Tus atributos, como si estuvieras esperando en él y atendiéndole por su propio bien. Dios mío, amo contemplarte, amo adorarte a Ti, el maravilloso hacedor de todas las cosas cada día en cada lugar.

2. Todos Tus actos de providencia son actos de amor. Si envías el mal sobre nosotros, es en el amor. Todos los males del mundo físico están previstos para el bien de Tus criaturas, o son los inevitables acompañantes que están al servicio de ese bien. Y Tú conviertes ese mal en bien. Visitas a los hombres con el mal para llevarlos al arrepentimiento, para hacer crecer su virtud, para obtenerles un bien mayor en el futuro. Nada es hecho en vano, sino que tiene su bondadoso fin. Tú castigas, pero en la ira recuerdas la misericordia. Aun cuando Tu justicia alcanza al pecador impenitente, que ha agotado Tus providencias amorosas hacia él, es misericordia para otros, para salvarlos de que los contamine, o para darles una advertencia. Reconozco con fe plena y firme, Señor, la sabiduría y la bondad de Tu Providencia, aun en Tus juicios inescrutables y Tus designios incomprensibles.

3. Dios mío, toda mi vida ha sido un camino de misericordias y bendiciones, manifestadas a uno que ha sido muy indigno de ellas. No necesito fe en cuanto a Tu providencia hacia mí, pues he tenido larga experiencia. Año tras año me has llevado, removiendo peligros en mi camino, recuperándome, restableciéndome, estimulándome, teniéndome paciencia, dirigiéndome, sustentándome. No me abandones cuando fallen mis fuerzas. Y nunca quieras abandonarme. Que pueda reposar seguramente en Ti. Pecador como soy, sin embargo, mientras sea fiel contigo, quieras Tú ser superabundantemente fiel conmigo, hasta el fin. Que pueda descansar en Tu brazo, que pueda ir a dormir en Tu seno. Dadme solamente, y haz crecer en mí, esa lealtad verdadera hacia Ti, que es el vínculo de la alianza entre Tú y yo, y la garantía en mi propio corazón y mi conciencia de que Tú, Supremo Dios, no me abandonarás a mí, el más miserable de Tus hijos.

Meditations on Christian Doctrine XX

Dios es todo en todo

Unus deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis.
(Un Dios y Padre de todos, que está por encima de todo, lo penetra todo, y está en todos)

1. Dios está en el cielo, y es todo en todo. Eterno Señor, reconozco esta verdad, y Te adoro en este misterio soberano y gloriosísimo. Hay Un solo Dios que llena los cielos, y todas las criaturas bienaventuradas, aunque permanecen en su individualidad, están absorbidas como medio verdadero de su beatitud, y (como si fuera) anegadas en la plenitud de Aquel que es *super omnes, et per omnia, et in ómnibus*. Si alguna vez, por Su gracia, alcanzara a verle en el cielo, no veré nada más que a Él, porque veré a todos lo que veo en Él, y viéndoles le veré a Él. Así como aquí abajo no puedo ver las cosas sin la luz, y verlas es ver los rayos que vienen de ellas, así también en la Ciudad Eterna *claritas Dei illuminavit eam, et lucerna eius es Agnus*, la gloria de Dios la iluminará, y el Cordero es la lámpara. Dios mío, Te adoro ahora (al menos lo haré con lo mejor de mis fuerzas) como la única y sola verdadera Vida y Luz del alma, como Te conoceré y Te veré en el futuro, si por Tu gracia alcanzo el cielo.

2. Dios Eterno e incomprensible, creo y confieso, y Te adoro por ser infinitamente más maravilloso, lleno de recursos e inmenso que este universo que vemos. Miro en las profundidades del espacio en el que las estrellas están dispersas, y entiendo que me llevaría millones y millones de años moverme de uno a otro extremo, si hubiera un puente tendido para cruzarlo. Considero la sobrecogedora variedad, riqueza y complejidad de Tu obra, los elementos, principios, leyes y resultados que lo componen. Trato de contar la multitud de clases de conocimiento, de ciencias, y de artes, de las que puede ser objeto. Y sé que debería estar edades tras edades aprendiendo todo lo que debe saberse acerca de este mundo, suponiendo que tuviese el poder de aprenderlo todo. Y saldrían a la luz nuevas ciencias insospechadas hasta el presente, tan rápido como hubiese dominado las viejas, y las conclusiones de hoy no serían sino puntos de partida para mañana. Y veo además, y cuanto más lo examino más debería entender, la maravillosa belleza de estas obras de Tus manos. Y así, debería empezar de nuevo, después de este universo material, y encontrar un nuevo mundo de conocimiento, más elevado y maravilloso, en los intelectos creados que son Tus ángeles y otros espíritus, y los hombres. Pero todo, todo lo que está en estos mundos, elevado o bajo, es como un átomo comparado con la grandeza, la altura, la profundidad, y la gloria en que Tus santos están contemplándote. Es la ocupación de la eternidad, siempre nueva, inagotable, inefablemente estática, la permanencia y la beatitud de la existencia, esto es, embeberse y ser disueltos en Ti.

3. Dios mío, fue Tu suprema beatitud en la eternidad pasada, como lo es en todas las eternidades, conocerte a Ti mismo, como sólo Tú puedes conocerte. Fue al verte en Tu Hijo y en Tu Espíritu, y al verte ellos a Ti, que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, tres Personas, un solo Dios, fue infinitamente bendito. Dios mío, ¿qué soy para que Tú hagas que mi bienaventuranza consista en eso que es propio de Ti, que Tú me concedas tener no sólo la visión de Ti sino compartir Tu mismísimo gozo? Prepárame para ello, enséñame a tener sed de ello.

La incommunicable perfección de Dios

1. Dios Todopoderoso, eres la única e infinita plenitud. Desde toda la eternidad eres la sede y morada verdadera, única, absoluta y completamente suficiente de todos los mejores atributos que se puedan concebir, y de todos los que no pueden concebirse, que son muchos más. Afirmo esto como una cuestión de razón, aunque mi imaginación parte de ella. Lo sostengo firme y absolutamente, aunque es el más difícil de todos los misterios. Lo sostengo desde la verdadera experiencia de Tus bendiciones y misericordias hacia mí, de las evidencias de Tu ser imponente y Tus atributos, de los que mi razón se fue dando cuenta continuamente, más allá del poder de la duda y de la controversia. Lo sostengo desde una larga e íntima familiaridad, de modo que afirmarlo es parte de mi naturaleza racional, porque estoy tan constituido y hecho a su idea como piedra clave, que no sostenerlo sería romper mi mente en pedazos. Lo mantengo desde la íntima percepción que mi conciencia tiene de ello, como un hecho que está presente ante mí, tan sencillo como negar mi propia personalidad si niego la de Dios, o perder mis motivos para creer que existo si niego Su existencia. Lo sostengo porque no podría estar sin Ti, mi Señor y mi Vida, porque por estar contigo busco bendiciones más allá de lo que se pueda pensar. Lo sostengo por el terror de ser dejado en este mundo salvaje sin apoyo ni protección. Lo sostengo por el humilde amor hacia Ti, por deleitarme en Tu gloria y exaltación, por mi deseo de que seas grande y el único grande. Lo sostengo por Ti, y porque amo pensar en Ti como glorioso, perfecto y hermoso. Hay un solo Dios, y ningún otro.

2. Dios eterno, como Tú eres tan incommunicablemente grande, tan uno, tan perfecto en esa unicidad, uno podría seguramente decir que siempre has estado muy distante de Tus criaturas que creaste, separado de ellas por Tu eterna antigüedad en relación al momento en que comenzaron a existir, por Tu trascendencia en la excelencia y por Tu ser absolutamente contrario al de ellas. ¿Qué podrías darles fuera de Ti mismo que fuese adecuado a su naturaleza, tan diferente a la Tuya? ¿Qué bien Tuyo podría ser el suyo, o que las hiciera buenas, excepto de un modo pobremente externo? Si Tú puedes ser la felicidad del hombre, entonces puede el hombre, o algún don que venga de él, ser a su vez la felicidad de un ave de rapiña o de una bestia salvaje, del ganado de sus campos, o de las miríadas de diminutas criaturas que apenas podemos ver. El hombre no está tan por encima de ellas como Tú lo estás sobre él. Pues ¿qué es cada creatura a Tu vista, Señor, sino vanidad, hálito, humo que no permanece, que pasa rápidamente y se va, una pobre cosa que se desvanece cuanto antes, porque Tú la miras y está puesta bajo la luz de Tu rostro? ¿No es esta, Señor, la perplejidad de la razón? De lo Perfecto viene lo Perfecto, pero Tú no puedes hacer un segundo Dios, por la naturaleza de las cosas, y entonces o no puedes crear nada, o por necesidad debes crear lo que es infinitamente distinto, y por ello, en cierto sentido, indigno del Creador.

3. ¿Qué comunión puede haber, entonces, entre Tú y yo? ¡Oh Dios mío!, ¿qué soy sino un paquete de huesos muertos, un ser débil, tambaleante y miserable, comparado contigo? Soy Tu obra, y me creaste limpio de pecado, pero ¿cómo puedes mirarme en mi mejor estado de naturaleza, con complacencia?, ¿cómo puedes ver en mi imagen alguna de Ti mismo, el Creador? ¿Cómo es esto, Señor mío? Tú dijiste que Tu obra era muy buena, e hiciste el hombre a Tu imagen. Pero hay un abismo infinito entre Tú y yo, Dios mío.

Dios se comunica a nosotros

1. Tú tienes, Señor, una perfección incommunicable, pero aun así esa Omnipotencia por la cual creaste es suficiente también para la obra de comunicación de Ti mismo a los espíritus que has creado. Esa Vida todopoderosa no es para nuestra destrucción sino para nuestra vida. Tú permaneces siempre uno y el mismo, pero surge de Ti continuamente un poder y fuerza que por su contacto es nuestra fuerza y nuestro bien. No sé cómo puede ser esto, y aquí mi razón no me satisface, pero veo indicaciones en la naturaleza, y por la fe tengo plena seguridad de la verdad de este misterio. Por Ti cruzamos el abismo que yace entre Tú y nosotros. El Dios viviente es dador de vida. Tú eres la Fuente y el Centro, tanto como la Sede de todo bien. Las huellas de Tú gloria, como los rayos multicolores del sol, son esparcidas sobre la faz entera de la naturaleza, sin disminución de Tus perfecciones, o violación de Tú esencia trascendente e inaccesible. Cómo es esto no lo sé, pero es así. Y por eso, permaneciendo uno, único e infinitamente alejado de todas las cosas, sin embargo, eres la plenitud de todas las cosas, que tienen en Ti su consistencia, de Ti participan, y absorbidas en Ti conservan su propia individualidad. Y por eso, mientras se marchita y decae nuestra naturaleza, vivimos por Tu hálito, y Tu gracia nos hace capaces de resistir Tu presencia.

2. Entonces, Dios mío, hazme como Tú, ya que, a pesar mío, podré ser hecho tal como puedas hacerme Tú. Mírame, Creador mío, ten piedad de la obra de Tus manos, *ne peream in infirmitate mea*, "para que no perezca en mi debilidad". Líbrame de mi natural imbecilidad, ya que es posible y tan necesario para mí. Tú has mostrado que es posible a la faz de todo del mundo con la prueba más sobrecogedora, al asumir nuestra naturaleza creada y exaltarla en Ti. Dame en mi propio ser el beneficio de esta verdad maravillosa, ahora que ha sido tan públicamente comprobada y garantizada. Haz que tenga en mi propia persona lo que has dado a mi naturaleza en Jesús. Hazme partícipe de esa Divina naturaleza en todas las riquezas de Sus atributos, que en la plenitud de sustancia y en presencia personal, llegó a ser el Hijo de María. Dame esta vida, apropiada a mi propia necesidad, que ha sido acumulada para todos nosotros en Aquel que es la Vida de los hombres. Enséñame y permíteme vivir la vida de los Santos y de los Ángeles. Sácame de la languidez, la irritabilidad, la sensibilidad, la incapacidad y la anarquía en que yace mi alma, y llénala con Tu plenitud. Sopla en mí para que los huesos muertos puedan vivir. Sopla en mí con ese soplo que infunde energía y bondadoso fervor. Al pedir el fervor, estoy pidiendo por todo lo que pueda necesitar, y todo lo que Tú puedes darme, ya que es la corona de todos los dones y todas las virtudes, y no puede existir real y plenamente sino donde están todas ellas presentes. Es la belleza y la gloria así como la continua salvaguarda y la purificación de todas ellas. Al pedir el fervor, estoy pidiendo la fortaleza eficaz, la consistencia y la perseverancia, pido la muerte de cualquier motivación humana y la simplicidad de intención que Te agrada, pido la fe, la esperanza y la caridad en su ejercicio más celestial. Al pedir el fervor, estoy pidiendo ser libre del temor del hombre y del deseo de su alabanza; estoy pidiendo el don de la oración, porque será tan dulce; estoy pidiendo esa leal percepción del deber, que continúa en anhelante amor; estoy pidiendo la santidad, la paz, y la alegría, todo a la vez. Al pedir el fervor, estoy pidiendo el resplandor del Querubín y el fuego del Serafín, y la blancura de

todos los Santos. Al pedir el fervor, estoy pidiendo eso que, mientras implica todos los dones, es en lo cual fallo notablemente. Nada sería un problema para mí, nada sería una dificultad, si tuviera fervor de alma.

3. Señor, al pedirte fervor te estoy pidiendo a Ti mismo, nada que sea menos que Tú, Dios mío, que Te has dado enteramente a nosotros. Entra en mi corazón sustancial y personalmente, y llénala de fervor al llenarla de Ti. Tú sólo puedes colmar el alma del hombre, y haz prometido hacerlo. Tú eres la Llama viviente que siempre arde de amor por el hombre: entra en mí y exponme al fuego según Tu molde y semejanza.

Meditations on Christian Doctrine XXIII

Dios es el único sostén para la eternidad

1. Dios mío, Creo en Ti, Te conozco y Te adoro como infinito en la multiplicidad y profundidad de Tus atributos. Te adoro porque contiene abundancia de todo lo que puede deleitar y satisfacer al alma. Sé, por el contrario, y por triste experiencia estoy demasiado seguro. Que todo lo creado, todo lo terrenal, agrada por un tiempo, y luego deja de gustar y es un hastío. Creo que no hay absolutamente nada aquí abajo, que al final no me harte. Creo que, aunque tuviera todos los medios de felicidad que esta vida puede dar, al tiempo me cansaría de vivir, sintiendo todo trivial, sombrío e inútil. Creo que si mi lote fuera vivir la vida prediluviana, y vivir sin Ti, sería completamente, inconcebiblemente desgraciado al fin de la misma. Pienso que estaría tentado de destruirme del mismo hastío y disgusto. Pienso que perdería al final la razón y me volvería loco, si mi vida se prolongara aquí lo suficiente. Me sentiría como un confinado solitario, pues me hallaría encerrado en mí sin compañía, si no pudiera conversar contigo, Dios mío. Solamente Tú, mi infinito Señor, eres siempre nuevo, aunque eres desde los días antiguos, el último así como el primero.

2. Dios mío, eres siempre nuevo, y el más antiguo, Tú sólo eres alimento para la eternidad. He de vivir para siempre, no por un tiempo, y no tengo poder sobre mi ser. No puedo destruirme, aun cuando fuera tan débil como para descartarlo. Debe continuar viviendo, con inteligencia y conciencia, para siempre, a pesar mío. Sin Tu eternidad habría otro nombre para la miseria eterna. Solamente en Ti tengo lo que puede sostenerme por siempre: solamente Tú eres el alimento de mi alma, Tú solo eres inagotable, y me ofreces siempre algo nuevo para conocer, algo nuevo para amar. Después de millones de años, Te conoceré tan poco que me parecerá apenas estar comenzando, y encontraré en Ti la misma, o mejor, mayor dulzura que al principio, y me parecerá entonces estar apenas empezando a gozar de Ti, y así, por toda la eternidad seré siempre un pequeño niño comenzando a aprender los rudimentos de Tu infinita naturaleza Divina. Pues Tú mismo eres la sede y el centro de todo bien, y la única sustancia en este universo de sombras, y el cielo en el que los espíritus bienaventurados viven y se regocijan.

3. Dios mío, Te recibo a Ti como mi parte y herencia. Por mera prudencia me convierto del mundo a Ti, dejo el mundo por Ti. Renuncio a aquello que promete por Aquel que cumple. ¿A quién más iré? Deseo encontrarte y alimentarme de Ti aquí. Deseo alimentarme de Ti, Jesús, mi Señor, que has resucitado, que has ascendido a lo alto, que todavía permaneces con Tu pueblo en la tierra. Levanto mis ojos hacia Ti, y busco el Pan Viviente que está en el cielo, y que desciende del cielo. Dame siempre de este Pan. Destruye esta vida, que pronto perecerá, aun cuando no la destruyas, y lléname con esa vida sobrenatural que nunca morirá.



John Henry Newman
(foto - 1864)



John Henry Newman
Cardenal: a los 85 años (foto - 1886)

Nuestro futuro

(Our future)

TRADUCCIÓN
JORGE N. FERRO

'What I do, thou knowest not now; but thou shalt know hereafter'

Did we but see,
When life first open'd, how our journey lay
Between its earliest and its closing day,
Or view ourselves, as we one time shall be,
Who strive for the high prize, such sight would
break
The youthful spirit, though bold for Jesus's sake.

But Thou, dear Lord!
Whilst I traced out bright scenes which were to
Come,
Isaac's pure blessings, and a verdant home,
Didst spare me, and withhold Thy fearful word;
Wiling me year by year, till I am found
A pilgrim pale, with Paul's sad girdle bound.

'Lo que yo hago, no puedes comprenderlo ahora, pero lo comprenderás después.' (Jn. 13:7)

Si hubiéramos podido ver, al despuntar de la vida,
el transcurrir de nuestro viaje
desde su día primero hasta su ocaso,
o vernos tal como una vez seremos,
a quienes bregan por el alto premio, se les quebraría
el espíritu joven, aunque osado
en razón del amor a Jesús.

Mas Tú, Señor amado!
Mientras pintaba yo brillantes cuadros
de cosas por venir, las bendiciones
puras de Isaac y un hogar reverdecido,
me concediste gracia y contuviste
tu palabra terrible;
y jugaste conmigo año tras año, hasta que me hallo
un peregrino pálido, ceñido
con la triste faja de Pablo.

Tre Fontane
2 de abril de 1833

Antología de textos tomada de 'El Misterio de la Iglesia'

Publicación del Internacional Centre of Newman's Friends, Roma

Iglesia y Mundo

Aquí hay, pues, una cuestión, ... hasta qué punto el mundo es un cuerpo separado de la Iglesia de Dios. La verdad es que la Iglesia, lejos de estar separada de este mundo malvado, está dentro de él. La Iglesia es un cuerpo reunido dentro del mundo, y en proceso de separarse de él. ¡Desgraciadamente el poder del mundo hace presión sobre la Iglesia, porque la Iglesia se ha introducido en el mundo para salvar al mundo! Todos los cristianos están en el mundo y son del mundo, en cuanto el pecado aún tiene dominio sobre ellos; y ni siquiera los mejores de entre nosotros están totalmente limpios de pecado. Aunque en la idea que tenemos de los dos, y en sus principios, y en sus futuras expectativas, la Iglesia es una cosa y el mundo otra, y sin embargo en la realidad actual la Iglesia está en el mundo, y no separada de él; porque la gracia de Dios sólo ha tomado posesión parcial de los hombres religiosos; y lo mejor que podemos decir sobre nosotros mismos es que tenemos dos aspectos, uno luminoso y otro oscuro, y que sucede que el oscuro es el más externo. Así formamos parte del mundo, aunque no somos de él.

P.P.S. VII pp. 35.36 (8.3.1829)

Debéis mirar más allá de este mundo, y de lo mundano en la Iglesia, de lo que es tan imperfecto, de los vasos de tierra en los que conservamos la gracia, para poner los ojos en la Fuente Misma de la Gracia, y pedirle que Él nos llene con Su Presencia.

L.D. XXV 388 (24.8.1871)

[La Iglesia] lucha y sufre en proporción a lo bien que juega su papel; y si no sufre, es que está adormilada. Sus doctrinas y preceptos jamás serán del gusto del mundo; y si el mundo no la persigue, señal de que ella no predica.

P.P.S. V, p 97 (3.3.1839)

El mundo se contenta con que aparezca bien la superficie de las cosas; la Iglesia tiende a regenerar la profundidad misma del corazón.

Idea 203 (1852)

... todo el tenor del Texto Inspirado nos lleva a creer que Su Verdad no será jamás recibida de buen corazón por la multitud, porque contraría los sentimientos y la opinión humana corriente, y la orientación del mundo.

P.P.S. 1, p.61 (22.12.1833)

... la Iglesia penetra más allá del acto externo, dentro del pensamiento, el motivo, la intención y la voluntad; penetra más allá del mundo, y descubre y se mueve contra el demonio, que la asedia. Tiene, pues, un enemigo a la vista; o sea, tiene un campo de batalla que el mundo no alcanza a ver; su campo de batalla es el corazón del individuo, y su verdadero enemigo es Satanás.

Diff. 1 236 (1850)

... Pero argumentar, 'la existencia del mal en la Iglesia es una prueba de que la Iglesia no viene de Dios', es señal de que no se penetra hasta la raíz del hecho, sino que se entretiene en sólo un simple ejemplo del grande y terrible hecho, en lugar de penetrar directamente en el hecho mismo. El hecho del mal no puede negarse - la totalidad de la Revelación no solamente lo permite, sino lo exige. A través de toda la Escritura la lucha contra el mal es razón misma de ser de la revelación. Si el mal no existiese, la revelación no habría sido necesaria. La Escritura presupone los desastres y las defecciones en la Iglesia. Ciertamente esta predicho un tiempo en que triunfará la Verdad - pero sólo Dios conoce ese tiempo.

L.D. XXVIII 215 (30.6.1877)

Lo peculiar de la lucha entre la Iglesia y el mundo es que el mundo parece ganar siempre a la Iglesia, y sin embargo en realidad la Iglesia siempre gana al mundo. Sus enemigos siempre triunfan sobre ella como vencidos, sus miembros siempre desesperan; sin embargo ella permanece. Permanece y ve la ruina de sus opresores y enemigos.

S.D. 71 (25.11.1838)

He aquí la fuente de odio que el mundo tiene contra la Iglesia ... siente que hay una ley fuerte contra él en materias que creía tener bajo sus pies, sin necesidad de pensar en Dios...Y como la naturaleza no puede sobreponerse a sí misma, no creará que el camino estrecho es posible; odia a quienes se le sobreponen como a presumidos o hipócritas, o se ríe de sus aspiraciones como románticas y fanáticas; de otra manera tendría que creer en la existencia de la gracia.

Mix. 150-151 (1849)

... la poderosa Iglesia extendida por todo el mundo, como su Autor Divino, atiende, analiza y se preocupa del alma individual; contempla las almas por las que Cristo ha muerto y que se le han confiado; y su único objeto, por el que todo lo sacrifica - apariencias, reputación, triunfo mundano - es realizar bien esta terrible responsabilidad. Su único deber es conducir los elegidos a la salvación, y multiplicarlos tanto cuanto pueda: - el quitar de su camino los obstáculos, advertirles los peligros del pecado, rescatarlos del mal, convertirlos, enseñarlos, alimentarlos, protegerlos, y perfeccionarlos.

Diff. 1 236-237 (1850)

... la diferencia entre los hombres religiosos y los demás es que estos confían en este mundo, y aquéllos en el mundo invisible. Ambos tienen fe, pero uno tiene fe en la superficie de las cosas, el otro en la palabra de Dios.

S.D. 65 (25.11.1838)

En cada época del Cristianismo, desde que comenzó a predicarse, siempre ha existido lo que podríamos llamar la religión del mundo, que tanto imita la verdadera y única religión, que engaña a los inestables e incautos. En particular, en todos los tiempos ha reconocido de una u otra manera el Evangelio de Cristo, se ha hecho fuerte en una u otra de sus características, y ha profesado incorporarlo en su vida; mientras que, descuidando las otras partes de la santa doctrina, de hecho ha distorsionado y corrompido aun esa porción en la cual únicamente ha progresado, y así ha tramado el acabar con todo; - porque quien cultiva solamente un precepto del Evangelio con exclusión del resto, en realidad no es fiel a ninguna de sus partes ... sabemos, aun por la experiencia común de la vida, que una media verdad con frecuencia es la más bruta y dañosa de las falsedades.

P.P.S. 1, pp 309-310 (26-8-1832)

¿Cuál es ahora la religión del mundo? Ha tomado el aspecto más brillante del Evangelio, - sus promesas de felicidad, sus preceptos del amor; todos los aspectos más oscuros, pero más profundos, sobre la condición y previsiones del hombre, respectivamente se han olvidado. Esta es la religión *natural* de una época civilizada, bien la ha vestido y transformado Satanás en un ídolo de la Verdad.

P.P.S. 1, p 311(26.8.1832)

Conforme se cultiva la razón, se forma el gusto, se refinan los afectos y sentimientos, obviamente se desparramará sobre la faz de la sociedad una decencia general y una gracia, de manera bastante independiente de la influencia de la Revelación. Esta belleza y delicadeza de pensamiento, que es tan atractiva en los libros, se extiende luego a la conducta de la vida, a todo lo que tenemos, a todo lo que hacemos, a todo lo que somos. Nuestros modales son corteses; evitamos hacer sufrir y ofender; nuestras palabras se tornan correctas; nuestros deberes relativos se realizan con cuidado. Así la elegancia se convierte gradualmente en la prueba y estándar de la virtud...

P.P.S. 1 pp 311-312 (26.8.1832)

El Cristianismo, considerado como un sistema moral, esta constituido por dos elementos, la belleza y la severidad; cuando se subraya uno con la desaparición o mengua del otro, surge el mal.

S.D. 120 (1.5.1842)

'La luz que brilla en la tiniebla' es el sello de la verdadera religión; y aunque sin duda hay épocas en que surge un entusiasmo repentino en favor de la Verdad sin embargo tal popularidad de la Verdad es sólo repentina, viene en un momento y al siguiente desaparece, no tiene un crecimiento regular, ni una solidez permanente. Sólo el error crece y se le recibe a gran escala con todo el corazón.

P.P.S. 1, pp61-62 (22.12.1833)

... [esta época] sustituirá su cisterna humana por el pozo de la verdad; porque tendrá miedo del pozo profundo, del abismo del juicio y la misericordia de Dios.

S.D. 117 (1.5.1842)

La verdad, sin duda, tiene en sí tal poder que fuerza al hombre a profesarla de palabra; pero cuando se trata de ponerla en acto, en lugar de obedecerla, el hombre la sustituye por un ídolo.

P.P.S. 1, p 62 (22.12.1833)

... cuando se habla mucho en un país de religión, y éste se felicita de que hay una preocupación general por ella, una mente cauta se sentirá ansiosa, pensando que puede haber algún engaño, pues puede honrarse en lugar de ella alguna otra cosa: podría ser el sueño del hombre más que las verdades de la palabra de Dios lo que se ha hecho popular...

P.P.S. 1, p 62 (22.12.1833)

¿No es claro como el día que la mayoría de las personas que dan un apoyo a la Iglesia en sus privilegios legales, lo hacen no tanto porque se preocupen por el Reino de Dios, cuanto porque piensan que la caída de la Iglesia envolverla la caída de nuestras instituciones civiles? No digo que no amen la Iglesia, sino que tienen un mayor amor por la prosperidad mundana. Y de tal manera tienen mayor amor por el mundo que por la Iglesia, que esto los llevaría, en caso de conflicto entre la paz del mundo y el bien de la Iglesia, a alinearse con el mundo contra la Iglesia.

S.D. 273 (31.5.1840)

... la gran enfermedad de la Iglesia en todas las épocas ... es servir a Dios por interés de Mammón; amar la religión por amor al mundo.

S.D. 272 (31.5.1840)

No debes mirar el mundo como un vasto y gigantesco mal lejano - sus tentaciones están cerca de ti, prontas y a la mano, listas a ofrecerse y sutiles al presentarse. Trata de incorporar las palabras de la Escritura a la vida común, y de reconocer el mal en que tales palabras se enmarcan, dentro de tu corazón.

P.P.S. VII, p 40 (8.3.1829)

Vosotros [cristianos]debéis conquistar el mundo, de otra suerte el mundo os conquistará a vosotros. Seráis o amos o esclavos. Tomad pues vuestra parte, y 'permaneced en la libertad con la que Cristo os ha liberado' (Ga 5,1).

S.D. 111 (1.1.1837)

Si la Iglesia muere, se termina el tiempo del mundo. El mundo jamás será exaltado sobre la Iglesia. Si la Iglesia enferma, el mundo se lamentará por su propio bien.

S.D. 101 (1.1.1837)

La gran regla de nuestra conducta es tomar las cosas como vienen ... El verdadero Cristiano se alegra con las cosas terrenas que dan alegría, pero de manera que no se preocupa cuando éstas desaparecen. No se preocupa mucho por aquellas bendiciones, sino por las inmortales, sabiendo que de nuevo las recibirá en el mundo futuro. Pero es demasiado religioso para despreciar las alegrías pequeñas que se desvanecen, porque las considera también un don de Dios; y estas alegrías pequeñas que se desvanecen, recibidas así, le proporcionan una alegría más pura y profunda, aunque menos ruidosa ... Mantened el corazón ligero y contento, porque así habéis sido llamados a ser miembros de la Iglesia peregrina de Cristo. Advertid la paradoja de alegraros y regocijaros en el mundo porque no es vuestro.

P.P.S. 1 pp.333-334 (17.7.1831)



John Henry Newman

Esta publicación se terminó de imprimir en la Editorial y Talleres Gráficos de la
Universidad Católica de La Plata, el 20 de diciembre de 2005.

Diseño e impresión: Editorial y Talleres Gráficos de la Universidad Católica de La Plata,
calle 115 N° 552 (1900) La Plata - Tel. Fax (0221) 422-6928 / 423-7375
E-mail: deptodise@ucalp.edu.ar - editorial@ucalp.edu.ar



APENAS LO DEJÁS DE VER Y YA LO ESTÁS VIENDO DE NUEVO.

CON LOJACK, NUNCA LLEGÁS A SENTIR QUE TE ROBARON EL AUTO,
A LO SUMO QUE LO PRESTASTE.

0810-888-8911 | www.lojack.com.ar

LO/JACK
LO TUYO ES TUYO

